

GALERIA DE ANIMALES ILUSTRES

“ M O H A M E D ”

Si vas a Palencia un día,
pregunta por “Mohamed”...

Siempre me habéis oído decir del individuo que sale cantando en la zarzuelita de marras: “Todo está igual; parece que fué ayer...” que es un corto de vista o un embustero. Yo opino, por el contrario, que nada hay inmutable; las variaciones serán sensibles o insensibles, pero son. Un ejemplo: las costumbres. No tienen la pretendida fijeza y varían biológicamente: unas veces en plan sigiloso de fluctuación y otras, a grandes voces, como en las mutaciones.

Dentro de ellas, nos interesa en particular la variación de las costumbres agrícolas, que en general van a mejor. Tan miope como el repatriado del coro, sería quien no advirtiese un mayor interés hacia las cosas del campo, una preocupación agrícola constante; un deseo de adelantar camino, un afán de volver la vista a la tierra, que flotan en todos los ambientes.

Hace unos años, nadie recorría 46 kilómetros por visi-

tar una Escuela de Capataces de Regadío. Hoy, me consta que se recorren muchas veces. Los aguafiestas nos dicen: Hace años no existía el automóvil, pero les tapamos la boca diciendo: Lo que no existía es la Escuela de Palencia.

Numeroso y distinguido público de ambos sexos ha realizado complacidísimo la excursión y ha dedicado tantas admiraciones a “Mohamed”, que ha conseguido darle un carácter representativo, de personificación de la materialidad del Centro, un verdadero mito ¡Ah! Pero los mitos son como estilizaciones de ideas grandes, o de personajes famosos.

Yo todos los días oía hablar alguna vez de “Mohamed”, y había formado el propósito de visitarle en su residencia; pero una tarde dijeron en el Casino: “¿Quién quiere venir a ver a “Mohamed?” Y en el paseo: “Desengáñate, Paquita, ese chico es grande y pesado como un “Mohamed”. Y en el hotel: “¡Qué buitre! Comes con la voracidad de un “Mohamed”.”

Y al día siguiente salí para Palencia.

* * *

—¡Vaya bicho!

—Dos metros cumpliditos desde la cruz a la penca.

—¿Y de perímetro torácico?

—No le habemos medío. No se figure usted que este animal se deja hacer grandes feligranás. Además, decir tantos centímetros, no es decir nada. Algo por el orden pasa con las fotografías, porque no causa en ellas gran respeto, y sin embargo...

—Es un ejemplar.

—Lo que ha dicho usted antes: ¡un *torácico*!

—Impone, impone.

—Como que esto no es un semental, es un cambrión de seis ruedas.

—Si le viera el Cagancho...

—¡Corría más que un Bulgati...!

—Es posible.

—Sobre tó si supiera que al meterle en el tren, cuando vino ya va pá un año, rompió el techo del vagón con el cuerpo de un hombre lanzao al espacio, que quedó bien malherío.

—¡Qué fiera!

—Eso que usted ha dicho. Uno de los primeros días de estancia en este lugar se emperró en revolcarse, y con él nos revolquemos, quieras que no, dos o tres endeviduos. Por cierto que dejamos la *párcela* de veza talmente arrasá.

—Le manejarán con precauciones.

—Sí, señor; y además con la amilla y el bastón.

La prosapia.

“Mohamed” no es un cualquiera. Por sus anchurosas venas circula, con monotonía de paseante en la acera de Negresco, una sangre bastante azulada, como aseveran, de una manera que no deja lugar a dudas, sus pergaminos familiares. Ocioso es añadir que figura en ese libro monumental, que es algo así como el Gotha de la raza. Yo he tenido el honor de contemplar sus blasones. Mis manos han desdoblado cuidadosamente su partida de nacimiento, ligeramente patinada por las frecuentes exhibiciones. Siempre estos árboles genealógicos me infundieron admiración y respeto. Calcúlese el anonadador efecto que producirá leer la descripción familiar ¡en letra gótica!

Una honrosa distinción.

“Mohamed”, que es hijo y nieto de campeón, conserva un título honorífico diciendo así, poco más o menos:

“Diploma de haber obtenido un primer premio de segun-

da clase en el año 1928 en Artto, el toro de los cantones Schwitz de la localidad de Artto, presentado por Her..., con arreglo a los reglamentos y disposiciones que rigen para concursos del 27 de junio de 1923.—(Fdo.) Por el Departamento de Agricultura de los cantones Schwitz, *Mr. Ziltener*."

Como ya comprenderán ustedes, estos concursos se fallan con toda seriedad, y de haber llevado "Mahomed" alguna recomendación no le hubiese servido de nada, si no hubiese aportado consigo los siguientes caracteres, apreciadísimos, en el plan de buscar pureza de raza, por los ganaderos suizos—según Diffloth—los cuales, en colaboración estrecha, entusiasta y eficaz con sus técnicos, velan por el prestigio del *standard* que tienen formado de la raza.

Por de pronto, el pelo de rata, detalle muy significativo para los criadores, porque no se modifica ni en invierno, ni en verano, ni en el establo, ni en la pradera. Y tres detalles muy buscados: 1.º, una lista clara siguiendo la columna vertebral; 2.º, ausencia de zonas con pelo tirando a rojizo; 3.º, la parte interior de los miembros y la región perineal, blancas.

(En este complicado asunto de las capas, tan difícil de explicar teóricamente, van imperando en Suiza criterios de transigencia, pues ya se admite que pueden variar del pardo oscuro al pardo claro y del gris oscuro al gris plateado. La capa blanca fué durante mucho tiempo considerada como la peor.)

Sigamos. Una cabeza relativamente ligera, bien proporcionada, bien conformada y, con mucha nariz. Cuernos fuertes, pero cortitos, mirando hacia arriba, blancos en la base y con la punta negra. Hueso frontal pronunciado. Interior de la oreja blancuzco, con grandes pelos. Ojos grandes, salientes, de mirada dulce. Hocico ancho, mandíbulas bien desarrolladas.

La piel arrugada junto a la boca y presentando en los ojos algo así como las desconsoladoras patas de gallo en los



hombres. Otras arrugas, marcadísimas en el cuello, son también cualidad de importancia.

Corto de cuello (el cuello largo constituye un grave defecto en esta raza, como es bien sabido). Pecho ancho, gran



Aquí les presento a ustedes al gran "Mohamed", el actual "sultán" de las vaquitas de Saldaña.

morrillo y, en suma, un buen cuarto delantero, característica general de los buenos machos.

Costillar bien arqueado, vientre recogido, tronco largo —carácter muy lechero—, buena riñonada, ijares poco pronunciados, buenos aplomos, pezuña negra...

Y en conjunto un tipo marcadamente longilíneo, con amplitud de formas, esqueleto fuerte y corto de patas. Un animal sano y vigoroso, por dondequiera que se le mire.

Sin duda no es un tipo perfecto. Le sobra pesadez y bas-tedad y le faltan todavía algunos caracteres para constituir

el summum de belleza, dentro del tipo. No debe ello extrañar a nadie, pues si un animal reuniese tantas perfecciones, sería disecado y exhibido en el Museo y los libros de Zootecnia se limitarían a decir: "Los toros Schwitz debían ser todos como "Fulano", depositado en el Museo de Agricultura, sala XIV", y se ahorrarían la pesada enumeración de caracteres, horrible tortura de estudiantes... y lectores.

Radiofecundación.

Las vaquitas de Saldaña —en donde a la sazón ejerce provisionalmente el cargo de sultán—han recibido a "Mohamed" con los ojos tapados. Aquí podría abrirse la válvula del escape lírico y hacer unos bonitos párrafos sobre el tema de Cupido... el Amor... los ojos vendados...; pero será preferible dejarlo para otra ocasión... No las merece.

"Mohamed" tiene seis años. Pesa 1.100 kilogramos. Es largo como una sesión de presupuestos, ancho como el Tajo en Lisboa, profundo como la prosa de Eugenio d'Ors. ¡Es mucho toro!

Demasiado *monumento* para la función a que se destina. Y sin embargo, antes que nada, es un gran ejemplar.

Trátase de un caso típico, a mi parecer, para ensayar lo que pudiéramos llamar "fecundación a distancia" o "fecundación T. S. H." El lector, mejor dotado seguramente de memoria que un modesto servidor, recordará perfectamente aquellos interesantes artículos publicados en *La Industria Pecuaria*, en las postrimerías del año 22 y principios del 23, por el ilustre ingeniero D. Ramón Blanco.

Se partía de una vaca ninfómana. Lavábase la vagina con minuciosa asepsia. Se colocaba después una esponjita destinada a recibir el líquido fecundante. Esta esponja había sido previamente hervida a poca temperatura, para que no pierda elasticidad endureciéndose demasiado.

Terminada la operación, se exprimía la esponjita en un prensapurés esterilizado, siendo conveniente inyectar en la vagina licor de Loke o algunos centímetros de solución de bicarbonato al 1 por 100 para facilitar la recogida del líquido espermático. Que se conserva en termos entre los 15 y 30° hasta el momento de depositarle en el cuello del útero de la vaca distante—a veces se utiliza el automóvil o el aeroplano para llevar la semilla—a la cual tratamos de fecundar tomando con un jeringa “Record” de cinco a 15 centímetros cúbicos de la secreción conservada, e inyectándolos con la sonda de goma de Iwanoff. Basta comprimir con la mano, evitando también el enarcamiento del lomo, durante unos minutos.

Parece procedimiento fácil y en realidad lo es. Y de resultados comprobados, con los cuales parece deducirse que la cantidad de líquido precisa está en razón inversa del tiempo transcurrido.

Tú, “Mohamed”, según esto, podías ser padre todavía de varios radio-terneros. Vale la pena de intentarlo. De lo contrario, pronto empezarás a pensar, ante la proximidad del sacrificio, que la vida es efímera.

Anecdotario.

¿Leerá los periódicos “Mohamed”? Es posible que sí, y, como toda conciencia honrada, sentirá verdadera repulsión hacia los atracadores (sin perjuicio de atracarse él cuando puede, como luego veremos).

Esto no peca de ser una simple suposición o una suposición simple. El hecho, rigurosamente cierto, es que el vendedor advirtió que nadie se acercase al toro con gabardina—precisamente la prenda que uniforma a los atracadores—si no quería llevarse un disgusto serio.

Yo no debía insinuártelo, pero ya sabes, lector... si tie-

nes un enemigo procura que saque la gabardina diciéndole que va a llover... ¡y llévale a Palencia!

.....

En los libros suele recomendarse que, junto a los alojamientos ocupados por los animales, se almacenen los pienso en otra habitación diferente, por varias razones. Pues bien; en Saldaña no se pudo observar esta precaución y se tenía dispuesta en el mismo establo la mezcla de harinas, integrante de 10 raciones diarias consecutivas, cuando llegó el famoso semental.

Y a la mañana siguiente—como se dice en las películas—apareció el torazo suelto en medio del aposento, roto el narigón, rotas también las narices y sangrando a pesar de los callos, abultado de una manera imponente, después de ingerir la comida de diez días y queriendo decir entre chulón y agresivo: “¿Qué pasa? Si está por ahí el autor de las dichosas tablas de alimentación, decidle que pase y me lo como también.”

.....

Hojeando la revista.

—Aquí hay un artículo referente a “Mahomed”.

—Ayer le vi, precisamente.

—¿Te dió recuerdos?

—No; me dió envidia.

GALERIA DE ANIMALES ILUSTRES

EL FAMOSO SEMENTAL "DIANO"

Don Luis Gutiérrez, en calidad de copropietario de la ganadería que, con vacas de casta gijona, fundara medio siglo atrás su suegro, D. Vicente Martínez, estaba cada vez más descontento de la pelea de sus reses. No bastaba la selección para la mejora del ganado, ya que el carácter bravura, por ser anímico o inmaterial, no constituía la base eficaz para establecerla. Indudablemente, ese carácter se ligaba en correlatividad a otro, probablemente a otros varios difíciles de descubrir, y no se sabía hasta qué punto era hereditario, pues de las vacas que fueron buenas en la tienta salían mansos los hijos en la Plaza, con unas desagradables características de extremado poder, dureza de patas, pelea bronca y lo que por entonces se empezaban a llamar "cosas feas" (saltar la barrera, defenderse en tablas, escarbar, aquerenciarse, "sacar agua de la noria", etc.).

Don Luis, temperamento dinámico, gran emprendedor, muy afanoso, creyó que había llegado el momento de adop-

tar una resolución heroica, precursora de otra que lo sería en más alto grado y, “a muerte o a vida”, se decidió a cruzar sus vacas con un semental de alguna de las ganaderías de tronío, pues, si el resultado no correspondía a sus esperanzas, todo su ganado vendría a sucumbir oscuramente en las antihigiénicas naves del desaparecido Matadero de Madrid, sin más testigos que los matarifes y las abundantísimas ratas.

Esta idea del cruzamiento, hoy no nos causa la menor sorpresa, porque tanto se ha usado y abusado de semejante método, que nuestra ganadería brava es ya un revoltijo de sangres, en el cual ha naufragado la personalidad de las estirpes; pero entonces, en los comienzos del siglo, parecía tan atrevida, que durante muchos años no sólo se censuró a los que la adoptaban, sino que se daban por ofendidos algunos próceres ganaderos a quienes, como solución salvadora, se les proponía eso mismo por los buenos aficionados.

Adoptada la resolución de cruzar, ¿cuál habría de ser la ganadería elegida para proporcionar el toro? D. Luis Gutiérrez gustaba de hacer bien las cosas y, por tanto, no solía precipitarse. Durante una o dos temporadas, con los materiales a su alcance, fué haciendo una estadística de los resultados de todas las corridas, y este estudio le habló, con el frío lenguaje de los números, para darle la elección hecha. Indudablemente, la mejor ganadería era la de don Eduardo Ibarra. Sus toros, más bien terciados, eran finos, bonitos, recortados de lámina; bravos en varas, se crecían al castigo, conservaban el genio hasta el final y al propio tiempo eran nobles y suaves, permitiendo el lucimiento a los espadas. Todas estas cualidades, que habían de ser después tan rebuscadas, eran por entonces objeto todavía de escaso aprecio. Queremos decir que D. Luis, el mejor alcalde, por cierto, que Colmenar Viejo tuvo, era un verdadero precursor. Y con su letra tendida y confusa, de espaciados renglones, escribió un día, con toda ilusión, a Sevilla pidiendo





Arriba: a la izquierda, el famosísimo semental "Diablo", recién llegado de Sevilla; a la derecha, preciosa lámina de los hijos de "Diablo".

Sobre el pedestal de granito, la estatua viviente del mayoral.

Una conducción de ganado bravo en las proximidades de la Pedriza de Manzanares.



precio y condiciones del semental, esperando impaciente la respuesta favorable, de la cual nunca dudó.

Pero la carta de D. Eduardo fué un jarro de agua fría. Tenía dicho señor el criterio de no vender para vida ninguna res suya, y mucho menos un toro para padrear. Tanto gusto, por lo menos, como usted tenga en poseer uno de mis toros—venía a decirle—, tengo yo. A la vista de lo sucedido muchos años más tarde, no cabe duda de que Ibarra leía también en el libro del porvenir. La misiva dejaba entrever una leve esperanza. Si algún día pensaba en deshacerse del ganado, ya no tendría inconveniente en acceder a la pretensión.

Ciertamente, la posibilidad de que esto ocurriera era bien remota. Su ganadería estaba en pleno auge, y, en días señalados, se lidiaban a la vez toros de Ibarra en tres o cuatro de las principales plazas.

Tal decepción produjo en el ganadero colmenareño la negativa de su colega sevillano, que en lugar de buscar por otro lado, y aun reconociendo la inutilidad de la espera, se decidió a esperar.

Y al fin, un buen día recibió la grata sorpresa. Ibarra se deshacía del ganado, y antes de la entrega total al comprador, conmovido por la fe que D. Luis había puesto en sus toros, le invitaba a ir a Sevilla para hablar de la venta del semental.

—¿Se fía usted de mí, señor Gutiérrez?

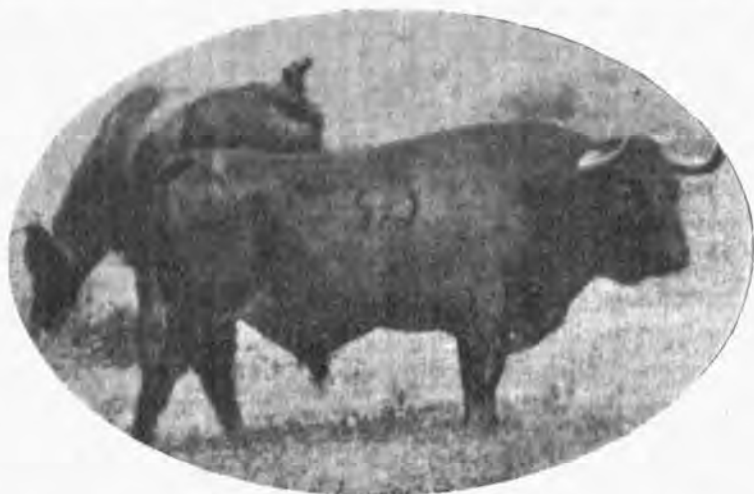
—A carta cabal.

—Pues como es inoportuno a estas alturas pensar en hacer tiente, yo le propongo que se lleve usted uno de mis toros sementales: “Gañafote” o “Diano” El que usted no quiera será para Conradi, que lo solicitó después. Escoja usted sin miedo, que irá bien servido.

—Acepto, D. Eduardo. Confío plenamente en usted.

Hoy quizás no hubiera podido desarrollarse así la escena. En los siete lustros transcurridos, en el ambiente en que

se mueven los criadores, ha cundido mucho el mercantilismo, a expensas de la caballería. Fué elegido el "Diano". Ibarra dijo que había sido tentado y retentado en campo abierto y en corral, y siempre resultó bravísimo. Por otro lado, respondía perfectamente al tipo de la casa, y un buen día de mayo de 1904, ante la expectación de los vaqueros, se levantó la trampilla del cajón que lo encerraba, y en una de las cercas de "Los Linajeros"—entre Moralarzal y Vi-



"Juventud, divino tesoro..." ¿Quién sería capaz de reconocer al famoso toro quince años después?

llalba—gozó nuevamente de libertad. Salió de la jaula bastante tranquilo, y en una cacería de aguas serranas, finas y transparentes, se puso ávidamente a beber.

Innecesario me parece explicar los solícitos cuidados de que al "Diano" se rodeó en todo momento y la ilusión con que D. Luis Gutiérrez esperaba la primera parición. Todas las crías eran, negras como la mora las hijas de vaca castaña, y berrendas en negro, las que descendían de las berrendas en colorao, vestigios de un antiguo cruce con un Concha y Sierra. Todas eran finas, bonitas, con los rasgos

típico de la casta de Vistahermosa, de la cual el padre procedía.

Sabido es que en las mejoras agrícolas y pecuarias el tiempo no cuenta. Los cinco años que habían forzosamente de pasar para conocer el resultado de la arriesgada experiencia, transcurrían con lentitud extremada para D. Luis Gutiérrez, quien se mostraba impaciente, como si presintiera su fin cercano. En efecto, la muerte le sorprendió en 1907, cuando aun faltaban dos años largos para el estreno de la cruz, que tuvo lugar el 10 de junio de 1909 en Madrid, actuando como espadas Pastor, "Regaterín" y "Bienvenida".

Medio pueblo de Colmenar bajó a la Corte para presenciar la pelea de los "negros", nombre con que se les designaba popularmente a los Martínez, para significar su contraste con el ganado castaño y retinto de la tierra. Los seis toros, en los corrales, estuvieron tan nobles como en el campo, y sin dar guerra, sin mostrarse nada escandalosos, se dejaron enchiquerar. Por todos lados se veía la diferencia con los "antiguos". Abrió plaza el número 47, llamado "Solimán", berrendo, por cierto. Excuso decir cómo se aquilataron los menores movimientos del toro, que empezó distraído y aun se salió suelto del primer puyazo, pero en seguida reaccionó e hizo una buena pelea en varas, conservándose bravo, noble y fácil hasta la muerte. Ninguno de los seis fué inferior a él y hubo varios mejores, y lo que más sorprendió al público fué la extremada igualdad del lote. También fué buena la corrida de Santander, en julio, y excelente la reaparición de la divisa en Madrid en la segunda temporada. Y así, o mejores, las tres corridas de 1910 en Madrid y las de provincias. Y las del año siguiente, en el cual un "Gamito" ganó el premio de 5.000 pesetas en la corrida de concurso. La mejora estaba íntegramente conseguida. El éxito era, de día en día, más considerable y firme.

La vida apacible del toro bravo, también conoce situaciones dramáticas que nos hablan de rivalidades.



Los toros se cuentan y examinan detenidamente todos los días en el rodeo, en donde se les obliga a permanecer un buen rato.

El “Diano” figura por derecho propio entre los animales ilustres, porque fué un estupendo enrazador, no sólo por la calidad, sino por la cantidad de sus productos. Fué padre de ¡758! reses, entre machos y hembras, sin contar las que murieron antes de ser herradas (a los ocho meses) y, por tanto, sin llegar a figurar en los libros de ganadería, por carecer de personalidad independiente.

Su potencia de absorción era extraordinaria. No sólo el pelo negro fué, como hemos visto, dominante (excepcionalmente, una cría salió colorada), sino que dominaban también el tipo, las hechuras, la finura, el tamaño y la cuerena. La lámina, en resumen, en su totalidad. Y lo que era más importante, la bravura ibarreña, la nobleza, la extremada docilidad, que hacía figurar a estos toros entre los predilectos de los espadas mejores, y entre ellos del inolvidable “Joselito”, la cumbre del toreo.

El “Diano”, citado continuamente en las revistas taurinas, gozaba de una fama extraordinaria. Señalemos únicamente el hecho de que, cuando tenía diecisiete años, el marqués de Villagodio quiso adquirirlo “sin reparar en precio” para echarlo a sus vacas, con el propósito de matarlas a todas si el cruzamiento no resultaba, ya que el toro estaba probado de sobra y a él no podía ser achacado el fracaso en manera alguna. Por gratitud y cariño a “Diano” no se accedió, naturalmente, a tan justificada pretensión. El toro se murió de viejo, en una fría noche de enero de 1920, en los feraces prados de “El Soto”, en Chozas de la Sierra, cuando cumplía los veinte años de edad. A su muerte, los periódicos taurinos publicaron notas necrológicas y esquelas, sin saber que, humorísticamente, hacían lo mismo que con toda seriedad hace el *Live Stock Journal* para los buenos ejemplares de las razas inglesas.

La cabeza, malísimamente disecada, estuvo expuesta durante un mes en el escaparate de “El Alfombrista”, en la Carrera de San Jerónimo, y hoy puede verse en el Sindicato

de Ganadería, en la casa solariega de la que fué Asociación de Ganaderos. Por cierto que un aficionado castizo, el popular Belío, recabó el honor de colgarla cuando llegó a casa de los dueños, y uno de los pitones le produjo, al hacerlo, una contusión en la cara, que le hizo exclamar con su lenguaje castizo y sentencioso: “¡“Diano”, “Diano”! No hagas ahora lo que no hiciste en vida, que la nobleza tuya y de tus hijos fué siempre proverbialmente reconocida por toda la afición...”

* * *

Accediendo al ruego amable de alguno de mis compañeros, he pergeñado malamente en unas cuartillas la historia del “Diano”. Y como no puedo extenderme mucho, como sería mi deseo, no acabaré sin reseñar la moraleja, o mejor, las tres moralejas que dimanar de esta historia.

La primera es que cuando un ganadero se decide a adquirir un semental extraño debe ir en busca de lo mejor, después de estudiar el caso, sin reparar en sacrificios. Porque si la cruce liga, siempre será barato el precio de adquisición, y si no resulta, nunca, nunca el fracaso quedará compensado con la baratura. Así, pues, si tenéis que adquirir algún día un semental, no debéis andaros por las ramas. Recordad siempre la frase de Nelson en Trafalgar: “A los cascos, a los cascos”. Todo lo demás es perder el tiempo.

No recuerdo lo que se pagó por el “Diano”. Supongamos que fueran 10.000 pesetas; pero si por su influjo se duplicó el valor en venta de los productos de toda una ganadería y persistió durante muchos años—y aun perdura—la mejora, decidme, lectores, ¿tiene aquella cifra la menor importancia?

La segunda consecuencia es que mientras a nuestros sementales todos no se les deje llegar a viejos, no podrá realizarse la mejora integral de la Cabaña, pues cuando por la calidad de los productos caemos en la cuenta de lo bueno que

era el padre, sólo nos queda ya ocasión para una lamentación póstuma: ¡Lástima de haberle matado hace dos años! ¡Quién lo hubiera sabido!

La tercera conclusión es que ya va siendo hora de que saquemos la cabeza de debajo del ala y empecemos a estudiar seriamente lo que se ha hecho en España con el ganado bravo en pocos años, para hacer lo mismo con el ganado de abasto y el de leche, con las ovejas, con las cabras, con los caballos y con los burros. No esperemos una vez más a que desde el extranjero nos señalen la importancia de nuestras cuestiones pecuarias más típicas.

Finalmente, yo hubiera querido que este artículo no se limitara a una simple narración. Yo pretendía haber aportado datos numéricos; pero por el despacho que los contenía también pasó el huracán rojo, arrancando los cuadros, dispersando los muebles, rompiendo los papeles y escondiendo los libros. Hoy, en aquella acogedora habitación de antaño, el desamparo reina, poniendo frío en el cuerpo y tristeza hondísima en el alma, mientras defiende el acceso una fuerza misteriosa que, hasta ahora, casi no he sido capaz de vencer...

GALERIA DE ANIMALES ILUSTRES

LA OVEJA NUMERO 122 DE LA GRANJA DE VALLADOLID

El dolor de saber.

Un ganadero de abolengo, y tan amigo mío que se cree en la obligación de leer cuanto escribo, me decía en cierta ocasión:

—Nada hay más feliz que la ignorancia. Cuando, hace ya bastantes años, yo tenía la vana presunción de creer que nadie podía enseñarme cosa ninguna en achaques de ganadería (ya me cuidaba de no leer, ni preguntar, para no tener indicios de lo que otros supieran), el problema de elegir, entre los corderos, los futuros sementales era bien poco problema. Quedaba resuelto sin más que dar una vuelta al rebaño, en compañía del pastor y, antes de sumarnos el cigarrillo, la designación estaba hecha.

Cuando ahora pienso en aquella escena, me río de mí mismo, pues casi siempre se hacía lo que quería el pastor, escogiéndose los animales que más le llenaban el ojo por su

tamaño, por ser tempranos, por el rizo de la lana, por la gordura o simplemente porque tenían el rabito blanco o balaban bronco, “como una persona mayor”.

Me he aficionado, como sabes, a la genética. Ya sé que esos caracteres poco o nada tienen que ver con la producción láctea, que es para mí lo interesante. Hoy tengo más conocimientos, y, por eso mismo, dudo en todo mucho más. Al llegar al trance, vacilo, hago mil preguntas al pastor, y casi todas se quedan sin respuesta precisa. Para decidirme, necesito ya fumar, en veces, la cajetilla, y nunca me quedo satisfecho de mi elección.

Yo lo llamo a esto el dolor de saber—y perdónese la inmodestia en gracia a la claridad de expresión—. El médico, por ejemplo, toma la temperatura al paciente, le pulsa, le ausculta; hace muchas averiguaciones sobre la vida del enfermo y de sus ascendientes; dispone análisis; saca radiografías. Y cuantos más elementos de juicio posee, menos se inclina a afirmar de ligero que se trata de tal o cual enfermedad. Su vacilación se transmite al cliente. El doctor sabe poco, aunque estudió mucho.

Pero en cambio el curandero toca con el pulgar la frente de la persona que sufre; diagnostica que un vecino le hizo mal de ojo, e inmediatamente receta una untura para la espalda, hecha con sangre de gato de cuarenta días, hierbabuena y azúcar. Y todos—el embaucador más que ninguno—se quedan tan contentos. El curandero sabe mucho, y eso que no estudió nada...

No, no te rías ni creas que exagero. Si alguna vez te tienes que decidir por un semental “a bulto”, ya verás cómo tengo razón en lo que digo. Y quien dice un semental, dice otras cosas.

Al buen padre, por la buena madre.

Para obviar estos auténticos inconvenientes, tenemos una solución muy encajada en las modernas orientaciones

de la Zootecnia: controlar la leche, por cuyo medio sabrá el ganadero, de una vez, qué es lo que tiene en su hacienda.

De la misma manera que hoy se juzga una casa, atendiendo a su construcción, distribución y mejor o peor disposición de los servicios, sin parar mientes en su fachada, en los animales explotados por alguna función económica, lo que nos interesa es que ésta esté desarrollada lo más posible, aunque el aspecto exterior no sea propiamente vistoso. Estas funciones económicas—en nuestro caso, la producción de leche—son hereditarias, lo cual simplifica el problema. Además, se sabe que la aptitud lechera de una oveja está igualmente ligada a las aptitudes de su madre y de su abuela (madre de su padre), porque tal carácter lo heredan manifiestamente los hijos, quedando oculto en los machos para manifestarse luego en su descendencia femenina.

El problema queda reducido a seleccionar, en vista de la producción controlada, para dejar de sementales—se acabaron las dudas— a los hijos de las madres sobresalientes, salvo, naturalmente, que presentasen algún defecto importante, a la par que se depura el rebaño, por desechar implacablemente aquellas ovejas que producen poco, aunque comen lo mismo que las demás y exteriormente no se distinguen de ellas.

Más delicada es siempre la elección de semental, porque influye en la mejora 50 ó 60 veces más que las ovejas, individualmente consideradas.

Ventajas del control.

Quedan implícitamente señaladas, por ser el medio de una selección racional.

Los beneficiosos efectos que se consiguen al comprobar el rendimiento efectivo de cada res son atribuibles unos directamente a la operación, y otros indirectamente, desde el mo-

mento en que controlar supone un mejoramiento de las costumbres ganaderas.

Hay que observar las ovejas una por una, independizándolas del resto. Si se me permite la frase, hay que sacarlas de su modesto oficio de coristas, para darlas papel en el reparto. Ya no diremos “el rebaño da mucha leche”, sino “dan tal cantidad las ovejas tantos y cuantos”. Ya no nos conformaremos con saber que se ha muerto una oveja, sino habrá que puntualizar el número que tenía.

Esto exige numerar las reses y llevar unos libros elementales para hacer anotaciones. Ya no nos fiaremos ciegamente del pastor, que no tiene tantas cosas en la cabeza como él dice, y si se declara en huelga o intenta engañar nos, nos defenderán nuestras anotaciones.

En cierto modo, nos hemos librado de la excesiva supe-
ditación a él.



Cómo se practicó el control de 1934 en la Granja de Valladolid.

Con gran minuciosidad, como cuadra a un Centro oficial de su naturaleza. Pero no hay que asustarse. No hay inconveniente en llamar al tío Paco para que venga con la rebaja.

“¿Usted cree que mi hijo podrá aprender francés en seis meses?”—preguntaba una madre al profesor. Y éste le contestaba, muy discretamente, diciendo: “Por lo menos podrá saber seis meses de francés.” Veamos, pues, el procedimiento, que no es un arco de iglesia tampoco. El 26 de diciembre de 1933 empezó la parición, que transcurrió normalmente, y el 16 de enero se empezó a controlar, sobre las siguientes bases:

Primera. Durante los veintiún días subsiguientes al parto, la lactancia del cordero se verificaba en condiciones normales.

Segunda. Al cumplirse las tres semanas de la fecha del nacimiento, el cordero se separaba de su madre, y ésta que daba sometida a control durante *cinco meses*.

Tercera. Con ayuda de una probeta graduada se medía la leche que daba cada oveja, no sólo en los ordeños de mañana y tarde, sino en cada una de las vueltas o *manos*.

Cuarta. Una vez mezclada la leche de todas las ovejas, se suministraba al reñetal la misma cantidad que producía su madre, al principio. Posteriormente hubo de disminuirse (porque parecía un exceso), quedando limitada a 400 centímetros cúbicos como máximo y 300 centímetros cúbicos como mínimo.

Periódicamente se analizaba la grasa, caseína, extracto y densidad de la leche de cada oveja.



Inconvenientes del control.

No sería equitativo pasarles en silencio. Me adelanto a decir que se trata de una operación engorrosa. Se tarda más en ordeñar, *pero no mucho más*, y diariamente el pastor debe entregar los resultados a lápiz, en unas listillas que se le preparan previamente para simplificar. Estos resultados deben ponerse en limpio, día por día, en evitación de confusiones.

Lo más cómodo es sacrificar los corderillos a los veintín días, al comenzar el control. Pero cuando ésto no es posible, por sus escasos medros, por otras circunstancias, o se quiere hacer efectivos en el mismo año los resultados, hay que proceder a la lactancia artificial. Nosotros usamos el siguiente biberón, de fabricación casera:

Un frasco, sirviendo de depósito a la leche ordeñada, que llega a él por un colador y un embudo. Una gomita provista de pinza, que le pone en comunicación con otro más pequeño y aforado sencillísimamente, para saber lo que se da a cada cría, por medio de otra goma de tres milímetros

de diámetro, cerrada o abierta a voluntad, accionando otra pinza. Esta goma es la que se introduce en el esófago—unos 20 centímetros—, a fin de que la leche no se vaya al aparato respiratorio, lo cual pudiera provocar la asfixia. La ope-



Ante el romántico fondo de la rosaleda, Claudio nos presenta al ilustre animal.

ración se ejecuta rápidamente: unos dos minutos se tarda con cada corderillo.

Ya se comprende que las crías marchan peor que en las condiciones corrientes, pues les falta el calor de la madre, y forzosamente tienen que asimilar peor esa leche, que se les suelta como un escopetazo.

Hubo bastantes bajas en los corderillos, aunque la mayoría fueron debidas a enfermedades pulmonares, por el mucho frío que pasaban en el aprisco.

Hay que procurar que cuanto antes beban por sí mis-

<i>Produccion total entre.</i>	<i>Número de ovejas</i>						
40 y 45 litros	○						
45 y 50 id.							
50 y 55 id.	○						
55 y 60 id.	○	○	○	○			
60 y 65 id.	○	○	○	○	○	○	○
65 y 70 id.	○	○	○	○	○		
70 y 75 id.	○	○					
75 y 80 id.	○	○	○	○	○	○	
80 y 85 id.	○						
85 y 90 id.	○	○	○				
90 y 95 id.							
95 y 100 id.							
100 y 105 id.	○						
105 y 110 id.							
110 y 115 id.	○						
115 y 120 id.	○						
120 y 125 id.	○						

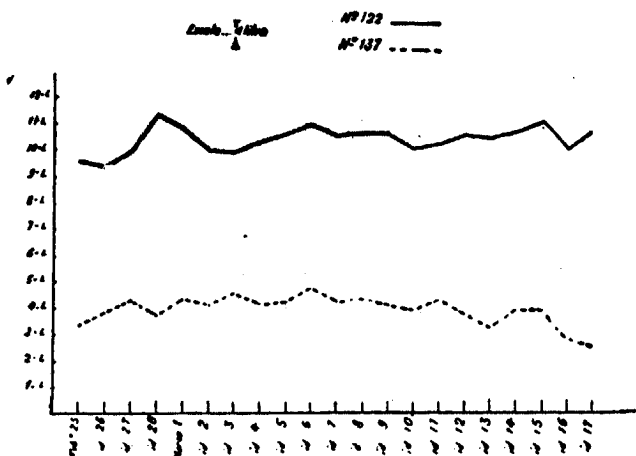
Cuadro esquemático que agrupa las ovejas según su producción lechera.

mos la leche de la herrada, con lo cual se evitan los principales inconvenientes y anticipar el destete todo lo posible. Los libros dicen que se debe meter un dedo en la leche y darle a chupar al cordero, pero lo cierto es que tiran unos mordiscos atroces.

Apresurémonos a decir que cargados al *debe* del control sus inconvenientes y anotadas en el *haber* las ventajas, el saldo (a nuestro juicio) es favorable a tal práctica.

No es preciso llevarla tan al límite en el caso de un ganadero particular. Se puede medir sólo la leche del ordeño de la mañana, o cada tres días, etc., no perdiendo de vista que, cuanto más comodidad nos represente, menos exactitud afectará a los resultados de la investigación.

Por otra parte, sabemos todos que una de las mayores dificultades de la experimentación en agricultura es que no



Producción de la oveja núm. 122 (campeona). Como tipo de comparación, insertamos la producción de la oveja menos lechera (núm. 137), que parió por las mismas fechas.

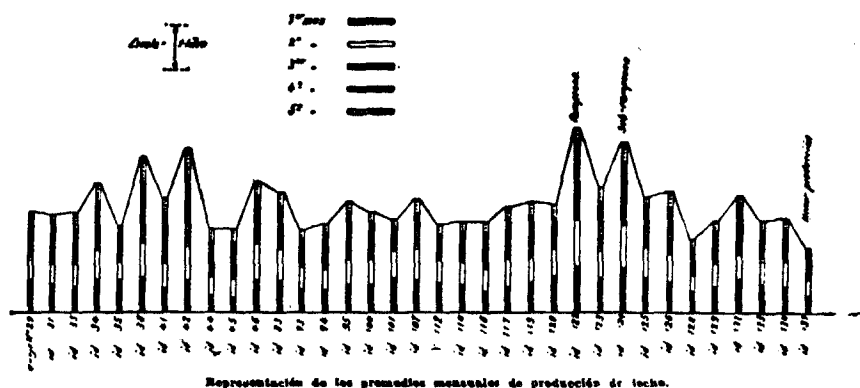
puede uno mismo hacer las operaciones, y tiene que admitir la colaboración forzosa, y prestada de mala gana, de los obreros, a quienes no es posible convencer de la necesidad de ejecutar puntualmente cuanto se les ordena, sin que se esfuercen ellos tampoco en precaver algún detalle manual para perfeccionar el procedimiento, entretenidos en relamerse de gusto pensando siempre en la llegada inevitable del fracaso.

La campeona.

Es la señalada con el número 122. Pertenece, como todo el actual rebaño de la Granja, a la llamada raza "castella-

na", sin especialización definida, pero capaz de dar ejemplares lecheros sobresalientes, lo cual no es de extrañar, pues la aptitud lactífera es más bien cualidad individual que patrimonio de raza.

Se trata de una oveja de tamaño regular (pesó al secarse 50 kilogramos), fina, bien conformada, de sanidad inmejorable, de bonita lámina. Su vellón ha pesado 1,900;



200 gramos más que el del pasado año. Se trata de lana basta, clásicamente colchonera.

Nació el 4 de diciembre de 1930, con un peso de tres kilogramos, procediendo de un parto doble de la oveja número 58, cubierta por el carnero número 23.

Ha parido tres veces: el 16 de mayo de 1932, un macho de 3,5 kilogramos; el 23 de febrero de 1933, otro de cuatro kilogramos, y el 23 de enero de 1934, un tercero de 4,200.

En virtud del "record" batido, se ha dejado para futuro semental este último, que en unión de otros cuatro se salvó de la degollina masculina del día 6 de marzo. Es un corderito "mú guapo"—según el pastor—, que el día 1 de noviembre pesaba ya 39 kilogramos.

En los ciento cincuenta días de duración del control ha dado dicha oveja 124,325 litros. Resultando, pues, un promedio de producción de 0,828 litros.

Para término de comparación, digamos que la número 137, la peor, en los mismos cinco meses subsiguientes al parto, dió 42,075 litros, con un promedio de producción, por tanto, de 0,280 litros.

Se trata de dos ovejas parecidas y, sin embargo, basta inspeccionar la amplitud de los límites de variación para convencerse de la necesidad de controlar.

Otro dato: Habiéndose construído una especie de polígono de frecuencias, la mayor, abarcando la cuarta parte de las ovejas, correspondió a una producción total entre 60 y 65 litros.

Analizando el rendimiento mensual de este animal illustre, tenemos:

	Litros
Promedio del primer mes de control	1,040
Idem del segundo ídem id.	1,055
Idem del tercer ídem id.	0,902
Idem del cuarto ídem id.	0,701
Idem del quinto ídem id.	0,441

El día 23 de marzo alcanzó el máximo, con 1.190 centímetros cúbicos.

Como circunstancia desfavorable, hemos de señalar el hecho de que el día 22 de junio fué vacunado todo el rebaño contra la viruela, habiendo prendido la vacuna con fuerza extraordinaria, originando la intensa fiebre eruptiva una merma en la producción de las ovejas buenas—fácilmente apreciada en el gráfico—, mientras las producciones pequeñas permanecían estacionarias.

No debe silenciarse que, con respecto a la leche producida por un kilogramo de peso vivo, la arrebató el cetro la 42 (con 2,782), siguiéndola la 122 inmediatamente (con 2,486).

La riqueza en grasa de su leche ha sido:

	Por 100
El 24 de febrero	4,4
El 5 de marzo	4,0
El 20 de marzo	4,1
El 6 de abril	5,5
El 25 de abril	6,5
El 7 de mayo	5,8
El 22 de mayo	5,1
El 11 de junio	6,2
El 20 de junio	7,0

DATOS ZOOMETRICOS

	Centímetros
Longitud de pecho a grupa	78
Perímetro torácico	97
Altura al esternón	33
Idem a la cruz	67
Idem a la grupa	72,5
Anchura del pecho	41
Idem de la cadera	43,5
Gruaso de la caña	8,5
Idem de la pierna	9

Una mejora racista.

Los resultados del control de 1934 nos obligaron a decretar el exterminio de varias ovejas de producción exigua, “que comían el pienso a traición”—según gráfica frase ganadera.

En 1935, acrecido el núcleo de ovejas de vientre con las corderas nacidas en 1933, se hará de nuevo la comprobación del rendimiento. Y así sucesivamente.

Bastarán unos años de perseverancia para conseguir una positiva mejora del ganado; la producción media se elevará considerablemente y habrá varias hembras tan sobresalientes como la oveja 122. Al menos, así lo esperamos.

Me gustaría tener frente a frente al competente ganadero aludido al principio de estas notas, para preguntarle si vamos por buena senda, a su juicioso saber.

Porque en plan de mejorar el rebaño de la Granja se nos ofrecían varios caminos: el largo, pero seguro, de la

selección, y los varios atajos—con sus trabajos correspondientes— de los cruzamientos.

Podíamos haber practicado el cruzamiento absorbente con la raza “Karakul”, pero nos detuvo el alto precio de los sementales y la incipiente organización del mercado de sus pieles.

A base de dar precocidad y peso a los corderos de degüello, se pensó en hacer cruzamiento industrial con “Suffolk”, para lo cual se propondría la adquisición de un par de sementales y un pequeño lote de ovejas de dicha raza.

Por último, la aptitud lechera pudo haberse mejorado cruzando con carnero “Frisia”, solución más bien propia de un regadío intensivo y no de transición, como es el de esta Estación Experimental.

Sin embargo, aun reconociendo que el resultado de estos cruces sería más deslumbrador y los efectos se lograrían rápidamente, hemos decidido al fin dar preferencia al método de selección, más lento pero más seguro, con las ventajas e inconvenientes conocidos, que no hay por qué repetir.

Todas estas posibilidades ofrece esta raza, que vale lo mismo para un barrido que para un fregado (oficial de mucho, maestro de nada), llamada “castellana” en virtud de razones que ignoramos, a las cuales quizá no sea ajeno el prurito regional.

Tratándose de una raza de características bien fijadas, sería intolerable la multiplicidad de denominaciones; pero en este caso particular, de vacilantes aptitudes y mezcla de sangres diferentes, cobijadas bajo el pabellón general de raza “manchega”, no hay inconveniente en ir mudando el rótulo, a compás con el cambio de comarca.

ENTRE SEÑORAS FORMALES

(DIALOGO CASI REPRESENTABLE)

“ESTRELLA”.—¡Adiós, señora Mantellina! ¿No siente pereza de caminar a estas horas?

“MANTELLINA”.—Voy en busca de un *restaurant* ultra-económico en donde poder tomar a gusto un bocado.

—Quédate con nosotras en esta elegante residencia. Murmuraremos un poco de los amos y, cuando llegue la hora, merendaremos.

—¿Merendar? ¡Pobre de mí, que aun no almorcé!

—Pues..., como tú sueles decir, “a las tres de la tarde, merienda amena, que es almuerzo, comida, merienda y cena”. Pasa, pasa. Ven a contarnos tus lástimas.

—¿El portillo abierto? ¿No temen que escapéis?

—¿Y para qué, si estamos en el mejor de los mundos?

(Dentro de poco tiempo será la hora del té. Se presiente un crepúsculo melancólico. El Sol baja precipitadamente, atusándose su cabellera fulgurante. La pincelada velazqueña del Guadarrama azulea cada vez más. Abajo hay ceja, celajes cárdenos (antes de cinco días llueve). En las sólidas

paredes de tapia doble, unos arrapiezos cogen zarsamoras. En el verde prado, un surtido de poas, loliums, agrostis y y alopecuros, pero también mielgas, tréboles y alverjanas. Dando carácter al paisaje, o quitándoselo, según otra versión, dos grandes carteleras con anuncios irónicos: "Hotel Claridge. París"... "Hotel Negresco. Niza". En el pilón rezumante, catorce o quince ranas chillan pidiendo un presidente de república. La masa coral de grillos ha empezado su sonatina a la hora anunciada. Y los mosquitos del paludismo se están poniendo un protórax de almidón y lustrándose los tarsos para salir en busca de aventuras.)

—¿Qué tal esa mielga,

—Se deja, se deja comer.

—Prueba aquella grama: también está muy rica.

—Y los tréboles y las festucas. ¡Bien poco castigada tenéis la pradera!

—Venimos al campo principalmente para respirar aire puro y ejercitarnos en los deportes.

—Os dan en casa bien de comer, ¿eh?

—Comemos bien, sí. Mucho, mucho, no; porque nuestro dueño sabe que existe un límite, más allá del cual el exceso de leche no compensa el exceso de alimentación. Pero estamos satisfechas, ya que los alimentos son variados y escogidos y la cantidad a cada vaca muy proporcionada a su estado de producción.

—Cabalmente al revés que en mi establo. Poca comida; los mismos manjares, poco selectos, siempre; y a todas por igual.

—Pues créeme, Mantellina, no hay nada más injusto ni más desigual que la igualdad. A nosotras nos tienen calculadas unas raciones de carácter general cuya relación nutritiva oscila entre $1/5,8$ y $1/6$.

—¡Qué bonito es todo eso de las raciones! Recuerdo que me lo explicaste una vez.

—Es lástima que vaya cayendo en desuso. Nosotras, y

todos los animales racionados, habríamos de llorar, si llegase, su desaparición.

—Ya vendrán otras modas... ¡quién sabe!

—Esa ración-tipo corresponde, según las tablas, a una producción media de 15 litros.

—¿Solamente?

—No creas que es tan poco; mira: Un período de treinta días después del parto, a razón de 24 litros un día con otro, son 720; segundo período, ochenta días después del anterior, a 17 litros, 1.360; tercer período, noventa días después del anterior, a 12 litros, 1.080; cuarto período, ochenta días después del anterior, a 7 litros, 560. Total: 3.720 litros y 280 días de ordeño.

—A unos 13 y 1/2... ¡No es mucho!

—Estos números son muy aleatorios, como ligados a múltiples circunstancias. Corresponden a un caso particular, contrastado con experiencias de otros ganaderos. Te advierto que los plazos son los mismos que considera Cornevin y las cantidades intermedias entre las que suscriben Cornevin y Fleischman.

—¿Fleischman y Cornevin, dijiste? ¡No discutamos más! Ante tan ilustres tratadistas, yo humillo gustosa mi testuz en señal de acatamiento.

—Ya me oíste antes atacar la igualdad externa y ficticia. Entre nosotras come más en cada momento la que está produciendo más cantidad de leche en ese instante.

—¡Grave misión la del vaquero!

—Sencillísima. Recibe todos los días de cada alimento la proporción con que interviene en la ración, multiplicada por el número total de *comensales*, y con un tino bien fácil de adquirir, aumenta la cantidad de unas a expensas de las otras, con arreglo a una escala previamente fijada por los amos; así: A las vacas ya secas, 6/8 de la ración calculada... ¡y gracias!

A las que producen menos de 8 litros, $7/8$ de la ración calculada.

A las que se desprenden de más de 8 y menos de 15, $8/8$ de la ración calculada.

A las que obsequian con más de 15 y no llegan a 22, $11/8$ de la ración calculada.

Y aun dentro de cada grupo echa más o menos de comer, según el apetito del animal o por circunstancias especiales. ¿Qué te parece?

—Muy nuevo, muy siglo xx; igualdad por fuera, justicia por dentro.

—Los problemas de ganadería van perdiendo el tono sentimental y se convierten en sencillas lucubraciones de mecánica... aplicada, al considerar prácticamente a cada ser como una máquina transformadora de productos. Los valores psicológicos, o se niegan por innecesarios o se desprecian por inútiles.

—Y..., ¿con qué "combustible" trabajáis vosotros?

—Consumimos *alimentos groseros*...

—Para facilitar la digestión y la rumia.

—*Alimentos acuosos*...

—Que son necesarios para la elaboración de la leche.

—Y *alimentos concentrados*...

—Que aseguran la riqueza de la ración. ¡Las generalidades que estudiábamos en la escuela! Detallando un poco más...

—Granos triturados: algarroba, habas, veza... Pulpa, magnífico incitante de la secreción, sobre todo si se remoja en agua tibia, y de acción dietética, por ser azucarado.

—Pero... ¿y los cólicos?

—¡Calumnias! Pueden sobrevenir si se pasa de los 30 kilogramos por cabeza y día, y como no pasamos...

—Nosotras alguna vez la hemos consumido, y recuerdo que nos ponía de buen ver, gordas y lustrosas.

—Las tortas también están muy indicadas. La de coco,

que se emplea en casa a razón de dos a tres kilos por individuo, aumenta la cantidad de leche, mejora su riqueza y la comunica un gran sabor. Asimismo elevan nuestra producción el agua de los forrajes y el salvado y la harina de cebada en remojo.

—¿Y de la alfalfa, no se dice nada?

—También hacemos un gasto regular de ella, en rama y en heno.

—¡Con lo que a mí me gusta!

—A todas, a todas. Es nuestro plato favorito.

—Tendréis un horario riguroso para las comidas.

—Por regla general nos dan tres piensos fuertes. Uno muy temprano, otro a mediodía y el último al anochecer. Cada pienso se compone de dos *posturas*, es decir, que te sirven la mitad del menú, y, si te ven con cara de repetir, te ponen otro tanto. En cada comida entran la tercera parte de los platos fuertes y la tercera parte de la paja que interviene en la ración total.

—¿Y entre horas?

—A las dos horas de desayunar, heno, y en plena digestión de la cena, forraje. La pulpa, en invierno, una hora después de almorzar. Y todo ello servido por unos “camareros” muy amables, cuyo cariño y constante observación se recompensan con una prima o participación en los beneficios... ¿Y vosotras? Cuéntame algo de tu vida, “Mantellina”.

—¿Para qué revivirla? Es el reverso de la medalla. Pocos manjares, poco variados y poco abundantes. Mezquinidades, descuido, abandono.

—Ahorro mal entendido, menos leche y más pobre.

—Y propensión a la tuberculosis.

—¿Qué fué de aquellas dos hermanas tuyas que estaban delicadas?

—Se las llevaron a la Fuenfría. Nosotras vamos a me-

nos... En cambio, aquí veo caras nuevas... ¿Quién es aquel gallardo mancebo?

—Es nuestro actual esposo, Cau-Long XXXIV, recientemente llegado de Holanda, perteneciente a una de las más preclaras estirpes de Frisia.

—Tiene buen tipo.

—¡Pchs!... ¡No está mal! Un poco *posseur*. Se pasa el día añorando sus polders y cantando “Molinos de viento”.

—Dirás que mi curiosidad es insaciable, pero bien quisiera saber cómo está resuelto en vuestra sociedad el problema del amor y sus derivaciones.

—Otro día te contaré... Está mi pequeña aquí al lado, y como el tema es escabroso... dejémoslo para otra ocasión.

—¿Cuál es tu hija?

—Esa chotilla ensabanada. ¡“Lucera”! Ven a saludar a esta señora.

—Ven, rica; dame un beso.

—¿Por qué no juegas con la “Negrita” y la “Gaviota”?

—Porque están desganasadas y no hablan más que de temas trascendentales. En cambio, yo siempre tengo ganas de *Bromus* y me place ir de *Festuca* en *Festuca*.

—¡Monísima!

(Reina una paz octaviana. El aire está saturado de aromas de tomillo, de mejorana y de poesía bucólica. La postura de Sol es grandilocuente y espectacular, digna de Castilla. Aprovechando la dulce mansedumbre del momento, las vacas rumian altas filosofías o pasean lentamente. Alguna se da “polisoir” a los cuernos en la corteza de un fresno olivado. Otras se mosquean en los resalvos de roble. El ilustre toro Cau-Long persigue a una novilla berrenda en colorado, con pelo de vaca de cartón, cantándole “muy” enamorado: “¿Qué tienes en la mirada, niña de los ojos bellos?”)

Suenan cencerros en la lejanía. Pasa un correo. Los au-

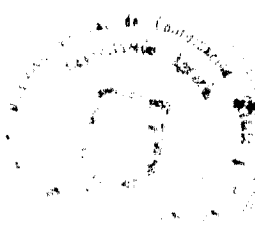
tomóviles devoran los kilómetros modernistas, negros y untosos, de la carretera de La Coruña.

Paz virgiliana. El crepúsculo no ha de ser tan melancólico como se suponía. El Lucero de Apcayeguas aparece presuroso y encarándose con el Sol—que se ha detenido un momento, como si se le olvidase alguna cosa—le espeta: “Papá, retírate a descansar, que es tu hora. Ya estamos aquí nosotros y pronto saldrá mañana.” Y Febo contesta: “Aguarda, hijo. Tanto tu madre como yo somos redondos, porque valemos de punto final a los artículos a los que no se les ve la conclusión.”

Y el autor del presente—por si fuera indirecta de las del Padre Cobos—dice muy serio:

Sobre el azul del cielo—azul, de caparrosa azul—ha surgido la capa rosa de unos estratos de color salmón. El Luis XIV del sistema planetario, se hunde definitivamente en el omega del día con el gesto suficiente del que dice:

“¡Hasta mañana pues, dilectos amigos!”



OTRO DIALOGO ENTRE SEÑORAS FORMALES

(Y NO APTO PRECISAMENTE PARA SEÑORITAS)

—¿Me permites que me sonría?

(“*Estrella*” adelantó y elevó sus orejas, echándolas finalmente hacia atrás, gesto equivalente al humano encogimiento de hombros, y añadió...)

—¿Y de qué?

—Del *confort* principesco y de este lujo americano—asiático me parece poco—que disfrutáis; del sistema Lou-den, con bebedero individual y teléfono en todos los pesebres; de las paredes estucadas, del piso *científico* en plena apoteosis de cunetas, pendientes y desniveles; de los vidrios azules, de los rabos con bozal, del transbordador de estiércol...

—Sonríete, “Mantellina”. Dejemos a cada cual con sus chifladuras, y como tu manía, según acabas de manifestar, es sonreírte desdeñosamente de la higiene, del progreso y de la civilización, pues... ¡sonríete, “Mantellina”! Acaso a mí me haga reír el atraso, la miseria y el empirismo, y si me asomo alguna vez a tu residencia, tú también me permitirás

carcajearme con igual brío y afán que el jefe de “claque” en un regocijante estreno de Muñoz Seca.

—No vine a ofenderte, “Estrella”. Antes al contrario, a interesarme por tu estado. Sé que recientemente has dado a luz...

—En efecto. Estoy bien, y muy agradecida a tu atención; pero... ¿por qué te has molestado? Se trata de un suceso natural, cuyo proceso se desenvuelve aquí, entre solícitos cuidados y cariñosas asistencias que alejan cualquier inquietud. No demos, pues, al trance mayor importancia de la que merece.

—¿Por qué? Cuando los hombres aquilatan sus problemas de amor con el doble decímetro de la zootecnia, no debe extrañar a nadie que nosotros procuremos aderezar la función sexual con ligeros sentimentalismos. Por eso la razón principal de mi visita es verte...; después, vengo a tu casa a aprender, a estudiar...

—¡¡Ya!!

—A hacerte algunas preguntas inocentes... Dime: ¿es cierto que el amo regula vuestros encargos a El Haya?

—Sin duda; sería terrible confusión que todos los chotillos llegasen juntos.

—¿Y no lo hará él para mantener constante, o, en un caso previsto, incrementar la producción de su establo?

—Es posible. Para tu escepticismo nada escapa.

—Yo no soy partidaria de tanto *intervencionismo* en política amorosa.

—¡Bah! Todo se reduce a que alguna vez no te haga caso el vaquero en ese día febril en que muges nerviosa el tango de “madre cómprame un berrendo en negro”.

—Y si te escuchó y a los veintiún días parece haber olvidado el estribillo... o a las setenta y dos horas se reciben noticias certificadas, con el lacre de unos coágulos de sangre...

—Una anotación en el registro... y a esperar el acontecimiento.

—¿Para esperararlo a fecha fija? ¡Pero si él solo se anuncia! Esperarlo, pues, es perder el tiempo.

—Para hacer cálculos de previsión. Ya sabemos que no hace falta ser un Recaséns—pongamos por sabio—para interpretar debidamente la significación del vientre voluminoso y caído; la grupa descarnada, el aspecto anguloso, “quebrado”, y la cara de angustiosa expectación.

—¿Tú qué habías encargado esta vez... *con aprobación de la superioridad?*

—Pedí niña... y vino niño. Dependerá de lo que haya o hallen allá en El Haya.

—¡Hermoso alarde de ortografía! Pues siento que no te hayas visto complacida; pero realmente el “Servicio internacional de descendencias en paquete certificado” debe ser de una complicación...

—La oficina de París — “Género humano” — no daba abasto en estos últimos lustros y enviaba hasta mayorcitos, tanto, que aun hoy apenas se ven chicos en sus bulevares... De la sucursal de Holanda recibí yo un macho hermosísimo, pero que llegó casi asfixiado.

—El humo de los túneles... La falta de electrificación.

—Hubo que hacerle la respiración artificial.

—¡Qué postín!

—¿Para el neófito o para su distinguida mamá?

—Para los que la pusieron en práctica. ¿Qué decía el facultativo?

—No fué preciso avisarle. Otras veces sí, sobre todo cuando alguna madre avariciosa se niega a devolver... las envolturas del embalaje.

—Es casi peor que el recién llegado no pueda desatarse las ligaduras.

—Pero aquí no tenemos a las consecuencias, en forma

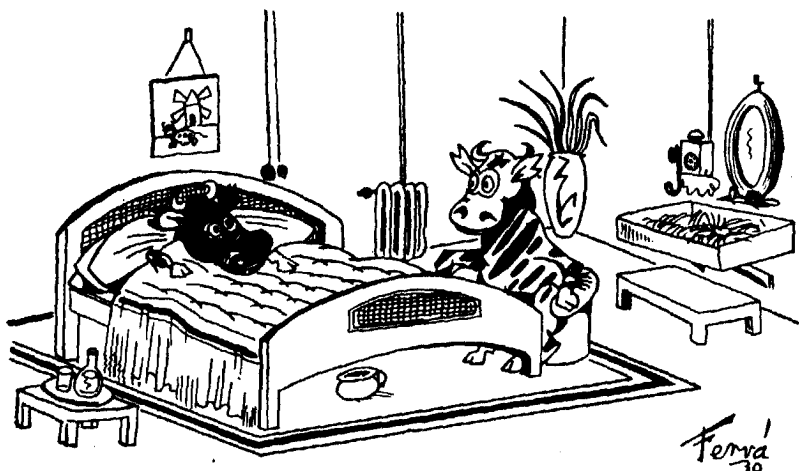
de infecciones, diarreas, enteritis, porque—si llega el caso—se secciona el cordón con la mayor de las asepsias.

—¿Con la mayor...? No recuerdo.

—¡No las conoces!

—¿Y dónde está ese *tierno infante*?

—*Infante*, no sé... *grande* aseguran que es, al menos. Yo apenas le he visto, porque en este establo es costumbre se-



parar las crías de las madres inmediatamente después de nacer, rasgo plausible que evita el arraigo del cariño.

—Y... el horror de la separación. El amo se evita cómodamente las molestias de tu sufrimiento, de tu inquietud, de tus mugidos, redundante todo ello en perjuicio de la función económica. No rectifico el concepto que de él siempre formé: es un ambicioso.

—Ambición que no perjudica a tercero, legítima ambición es.

—¿Quién dijo tal? ¿Carlos V...? ¿Romanones...?

—Lo digo yo aquí... y en la plaza del Biombo.

—¿Te molesta mi, ligeramente irónico, interrogatorio?

—¡Me resulta apacible y totalmente inofensivo!

—Quería también saber desde cuándo cayó en desuso la teoría del calostro; recordarás afirmaba que dicha clase de leche era un excelente alimento inicial y un purgante en su efecto de barrer el intestino, limpiándole de residuos.

—Esa teoría se vino al suelo en cuanto se demostró palpablemente que los calostros producían el mismo efecto bebidos en un cubo esterilizado.

—¡¡La ciencia siempre perseverando en sus conquistas!

—¿Frase de Einstein...? ¿De Ticho-Brahe?

—Mía. Tratándose de una vaca de leche, de citar citaría a Asuero. Como verás, en mi casa no comemos, pero nos reímos muchísimo.

—Te felicito por el envidiable buen humor de que haces gala. Y si es que te esfuerzas en distraerme, lo agradezco. Pero, la verdad es que no estoy triste, porque sé que a mi hijo le tratarán a “cuerpo de príncipe” con toda certeza. Beberá la leche que precise (según cuidadosa observación), recién ordeñada, y tantas veces como a mí me ordeñen. Y la beberá a más de 35 grados, y despacito, saboreándola.

—¿Y dices que no la escatiman? ¡Ese sería mi temor!

—Generalmente les dan al principio cuatro litros por día, cantidad que se va forzando hasta llegar a seis, al cabo de quince días y a ocho, al cumplir los dos meses, pero siempre manteniendo una vigilancia... maternal sobre las deyecciones, para, en caso de que sean alarmantes, diluir la mitad de la leche en otro tanto de agua hervida.

—¿No usan pesa-bebés?

—¡Ya lo creo! Es preciso que los machos engorden 1.400 gramos diarios, casi el doble que las hembras.

—¡Nosotras siempre en baja! ¡Y luego quieren que no seamos feministas!

—Pues no es eso sólo, sino que tienen la norma de que las chotas mamen lo estrictamente indispensable, porque, en caso contrario, el organismo se orienta hacia la producción

de grasa; así que a los dos meses, después de haber absorbido 400 litros, terminan su lactancia. En cambio los machos maman medio mes más para que se manifieste la precocidad y aumente el coeficiente de crecimiento.

—El destete será progresivo y gradual, para no pasar bruscamente de un régimen a otro.

—No hay que olvidar que mientras su alimentación es exclusivamente líquida, puede decirse que sólo funciona al cuarto departamento del estómago.

—¿Con qué otros comestibles se va alternando la leche?

—Con salvado, forrajes de silo y el mejor heno de los disponibles. Pero los que nacen en primavera y otoño, cuando el prado está reverdecido y alegre, se destetan ellos solos paciendo yerbecillas... ¿De qué otro modo más delicado pueden dárseles las proteínas? Mi pequeño, por desgracia, no tomará más que leche, para estar, al cabo de treinta o treinta y cinco días, en condiciones de ir a la nave del matadero, que responde con toda fidelidad al mito de la barca de Caronte. ¡Pobre hijo mío!

—¿Y qué hacer sino resignarnos? La vida es cruel hasta en su fin. Piensa, en cambio, que pasados cincuenta días ya estarás en disposición de hacer un nuevo encargo, y esta vez acaso te verás complacida... ¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal?

—No... no es nada... un mareo... pero ya pasó. Ayer estuve a dieta de agua y harina, y hoy me dan poco más... Ya estoy bien.

—Vaya, pues; te dejo, no sea que no te convenga hablar.

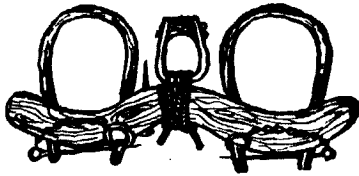
—Pónme bien la manta.

—¿Deseas algo más...? ¿No...? Adiós, "Estrella".

—Hasta la vista, "Mantellina".

(El cielo mudable y tornadizo del crudo día de enero —verdadero día de sierra— se enfurruña anunciando otra

borrasca. “Mantellina”, a paso ligero, busca nueva ocasión de pegar la hebra. “Estrella” suspira aliviada, muy en su papel de señora de la casa, exclamando: “¡Qué visita tan pelma! ¡Y si no es por el truco del marco fingido...!” En el establo cunde un pequeño revuelo. Van a ordeñar.)



LA BARIMETRIA, LUCUBRACION INUTIL

*A los que estudiasteis conmigo tanta lección
superflua...*

No me gusta caminar llevando el pensamiento ocioso, Tan sólo en ocasiones contadas me permito el lujo de auto-dispensarme de pensar en alguna cosa. Y como la mediocridad de mi vida, con saludable ausencia de problemas, no da suficiente pasto a la imaginación, gusto de captar detalles externos, *verbi gratia*, una frase cogida al vuelo en la calle, para meditar sobre ellos o para forjar una fantástica historia, como logró Cuvier con el dienteillo de marras.

Así por ejemplo, hace unos días hube de abandonar la acera para no deshacer un grupo de estudiantes que, junto a la puerta de su escuela provisional, decían a grandes voces:

- ¿Ha marcado texto ese bárbaro?
- Sí: el Sánchez Farragoso.
- ¿Es muy grueso?
- No le conozco ni de vista.
- ¡Digo el libro!

—Pues mírale... Quinientas once páginas de letra menuda.

—¡Qué canallada!

Y en seguida me puse a desarrollar mi monólogo... mudo, diciendo:

El estudiante segundo tiene razón. A los años flacos de la inactividad escolar, han sucedido *faraónicamente* los años gordos de los cursos intensivos. Y los muchachos, sin punto de reposo, han de ir almacenando en su caletre ciencia y más ciencia, alojada a presión, como la vestimenta en el baúl del veraneo.

Me gustaría poderme encarar con todos los profesores para gritarlos: “¡Respetables verdugos! A cursos breves, programas brevísimos... ¿No creen vuestras señorías que ha llegado el momento propicio de depurar los libros de enseñanza, en los cuales muchos capítulos merecen la sanción de separación definitiva... del programa? Yo podía citaros tantas y tantas cosas... Pero me voy a fijar en un botoncito de muestra”.

Indefectiblemente, todos los libros de Zootecnia dedican unas cuantas páginas a la barimetría, palabreja que deriva de las dos voces griegas de ritual: *barys* (pesado) y *metron* (medida), afirmándonos muy seriamente el Diccionario que significa “la medida de la pesantez de los cuerpos”. En nuestro caso concreto, estos cuerpos son los de los animales.

A una de las pocas personas ingenuas que todavía van quedando le parecerá al pronto difícil encontrar la ecuación que ligue el peso de un animal con pocas y elementales medidas tomadas sobre el mismo; pero no ha de serlo tanto, por el hecho de abundar los procedimientos barimétricos. Y, en efecto, todos los sabios que estudiaron la cuestión nos dan su formulita, afectada, como es lógico, de un coeficiente, al cual, ¡naturalmente!, le corresponde el papel de traidor en la divertida tragicomedia.

El que tenga la curiosidad de leer el famoso Decham-

bre, podrá ver que Mathieu de Dombasle, para saber el peso de una vaca, cogía la cinta métrica, ponía el cero en la cruz, la llevaba por delante de una espaldilla y, pasándola por entre las manos de la res, confrontaba de nuevo en la cruz después de rebasar el codillo contrario, y hacia la lectura para ver cuánto medía lo que él llamaba “perímetro torácico inclinado”. Multiplicaba este perímetro por 0,865 y... se quedaba tan contento.

Quetelet, famoso astrónomo belga, no gustaba de andarse por las ramas; observando el extraordinario parecido del buey y la lombriz, creía preferible cubicar el cuerpo del animal como si fuera un cilindro que tuviese por base el perímetro torácico y por altura la longitud escápulo-isquial. Mas como se quedan algunas cosas fuera de ese cilindro, consideró que sería una medida de cordura aumentar el volumen obtenido multiplicándole por un número mayor que la unidad, pero no mucho, y encontró un coeficiente muy sugestivo: $\frac{11}{10}$. Hago memoria de que a la vuelta de sencillas transformaciones de cálculo, la fórmula de Quetelet se reduce a $P = C^2 \times L \times 87,5$, en la que C es el perímetro, L la longitud y P el peso en kilogramos del animal. El astrónomo, antes de que nadie se lo advirtiese, cayó en la cuenta de que los pesos que así se obtenían eran demasiado bajos, por lo cual se consideró en el caso de advertirnos que se debía sustituir el número 87,5 por 94 si se trataba de animales *magros*, y 100 para los *jóvenes de pecho cilíndrico*. Como se ve, el rigorismo científico no era extremado, aun sin tomar en consideración que la densidad del animal no es la del agua—sobre esa base operaba el sabio belga—, sino 1,065.

Tengamos ahora un recuerdo para el señor Crevat, que si bien echa su cuarto a espadas en la materia, lo hace con más sinceridad y más *pupila*, pues por un lado nos dice que con sus métodos—son tres—el error puede llegar, a lo sumo, a un 10 por 100 (¡todo un señor error!), y por otro nos

asegura que la diferencia entre el peso verdad y el obtenido puede ser muy pequeña... si se saben corregir los resultados. Con esta disimulada apelación al ojo clínico, sitúa el problema en sus verdaderos términos, pues para pesar sin báscula no hay más instrumento que la propia experiencia.

Las tres fórmulas de Crevat son, si la memoria no me falla, $P = KC^3$, en la que P representa el peso, C el perímetro torácico recto y K un coeficiente, que oscila entre 68 y 100, nada menos.

Por la segunda fórmula, el valor de P dimana de multiplicar 80 por C, por L y por V, que es el perímetro ventral, tomado por el sitio más amplio, mientras que P, C y L representan los mismos conceptos de antes.

La tercera fórmula es $P = E^3 \times 40$, siendo E la llamada vuelta espiral (que parte de la punta del esternón, sube al centro del lomo, cruzando la paletilla; baja por el lado opuesto, pasa por dentro del anca y termina en el perineo). Si se trata de terneros alimentados a leche, se debe multiplicar la vuelta por 50, y por 45 si se trata de añejos.

Por fortuna para mí, ya no recuerdo en qué consisten otros métodos barimétricos debidos a Pressler, Jullian, Mattiewitch, Wolf, Baron, etc.

Como hay gente para todo, se han fabricado—y hasta es posible que se vendan—unas cintas métricas graduadas directamente en kilos; es decir, dándonos hechos los cálculos anteriores. “Esto matará a aquello”, dijeron, con el éxito de siempre, los fabricantes de cintas a los constructores de básculas..., ¡que debieron pasar un miedo...!

A decir verdad, yo nunca tuve fe en estos procedimientos tan sencillos... precisamente por su sencillez, y discutiendo con algunos condiscípulos (que no concederían importancia ninguna al asunto, pero que gustaban de la controversia), yo les replicaba: “Mi incredulidad por la barimetria obedece a una impresión personal; pero yo os prometo que si algún día tengo ocasión, os demostraré experimentalmen-



te que estos procedimientos no tienen ni siquiera el carácter de aproximados a la realidad que sus autores les conceden. Son *paparruchas*, que sólo sirven para despistar”.

Andando el tiempo fui destinado a la Granja de Valladolid, en donde, entre otras cosas, estuve encargado de las vaquitas, y, acordándome de lo que había prometido un día, empecé a experimentar sobre la materia, diciendo, a guisa de preludio, campanudamente: “¡Ah, señor Crevat! A fe mía que os he de ajustar las cuentas”.

Al efecto, y limitándome por de pronto a su fórmula primera, hube de dividir el ensayo en dos partes: una de exploración y otra de estudio más completo.

Se trataba, en primer término, de deducir, desarrollando a la inversa el problema, el coeficiente propio de cada una de las reses que poblaban entonces nuestra vaquería y comparar las cifras que así se obtuvieran con las que figuran en los libros, y a este propósito se aprovechó la oportunidad de ser aquella fecha—15 de noviembre de 1935—día de peso del ganado, para medir también los perímetros, resultando de la experiencia un auténtico “ciempiés”. Los datos correspondientes se dispusieron formando el cuadro número 1 de una pequeña Memoria, que quedó depositada en el archivo de la Granja, siguiendo la suerte de la gran mayoría de los trabajos que se efectúan en los Centros, para la publicación de los cuales, hasta ahora, no hubo posibilidades económicas. Lamentación ésta de carácter general, que en lo futuro, gracias al Instituto de Investigaciones, dejará de tener efectividad, y no es preciso que haga la salvedad de que ninguno de mis trabajos lo merece, porque me son conocidos sobradamente y porque estoy ahora divagando a solas, mientras camino, ya próximo a casa, en donde he de refrescar estas ideas volviendo a leer el trabajillo citado, para tomar unas notas, con ayuda de las cuales quizá pueda preparar un artículo que me tienen pedido gentilmente (¿se dice así?) los compañeros de *Agricultura*, ar-



tículo que tiene que ser ligero; es decir, adecuado para los rigores de la estación...

He aquí por dónde la meditación de esta tarde, arrancando de las frases estudiantiles dedicadas al Sánchez Farragoso y a su patrocinador, puede serme doblemente útil si consigo hacerla cristalizar en un artículo, con el cual, además, den por cumplida la promesa de informarles sobre mi experimento los compañeros de promoción, acaso mis únicos lectores.

Las cuartillas estaban en el último estante de la librería de la izquierda. En una caja de cartón en forma de libro. En ésta, no. En esa, sin duda. En efecto. Las primeras páginas son para ambientar. Aquí está el cuadro número 1. El examen atento del cual, nos dice:

1.° Que en las vacas hay mucha disparidad en los coeficientes; oscilando el valor entre 72 y 85, correspondientes (según Crevat) al *buey muy gordo* y al *buey magro*. Ahora bien, es evidente que todas las vacas, prescindiendo del estado de gestación, se encontraban en parecidas carnes. Además, el menor valor corresponde a la más joven que, por serlo, debía dar coeficiente alto. Nótese, en cambio, la concordancia entre la "Navarra" y la "Maravilla".

2.° Que para las novillas hay poca oscilación; pero los coeficientes debían ser mucho más altos (90 corresponde a los animales jóvenes de cría).

3.° Que en los terneros hay tanta oscilación como en las vacas, encontrándose los mismos valores que para éstas, siendo así que Crevat les asigna el valor 100.

4.° Que el del toro es concordante con los señalados, dado su estado de gordura.

5.° Como resumen de lo anterior, puede afirmarse que los coeficientes tienen poca fijeza y deficiente deducción, o al menos falta de adaptabilidad a nuestro país.

En realidad, pudo haberse dado aquí por concluída la experiencia; pero como el trabajo de medir algunas reses era

insignificante, se decidió que durante un plazo prudencial se siguiesen tomando quincenalmente los perímetros del ganado joven, dejado para vida, al objeto de estudiar la variación del coeficiente dentro de cada animal, y sobre todo por ver si se llegaba a los valores tan altos que Crevat señaló—suponemos que no sin fundamento—para el ganado de corta edad.

Aquí veo que en la página 13 y siguientes figuran los estudios individuales relativos a las cinco novillas: “Mar-

CUADRO NUM. I

Res	Nombre	Peso P.	Perímetro C	Coeficiente K	Pro- medio	Coeficiente de Crevat	
Vaca....	Gallarda...	570	1,92	80	78	Buey graso fino....	68
»	Duquesa...	585	1,90	85	78	» extragordo....	70
»	Ligera....	554	1,90	81	78	» muy gordo....	72
»	Maravilla..	490	1,87	75	78	» gordo	74
»	Benita.....	480	1,85	76	78	» medianamen- te gordo	76
»	Navarra...	492	1,87	75	78	» semigordo....	78
»	Baturra....	446	1,79	78	78	» en buen es- tado	80
»	Vecina....	458	1,85	72	78	» magro	85
Novilla.	Marquesa..	264	1,52	75	76	Novillos	90
»	Maña.....	300	1,58	76	76	Terneros	100
»	Manzanilla.	209	1,40	76	76		
Ternero	Vasca.....	122	1,15	80	78	NOTA.— Hemos copia- do las denominaciones literalmente para darlas más sabor.	
»	Benito....	97	1,05	84	78		
»	Vecino....	90	1,08	71	78		
Toro....	Ligero I...	712	2,10	77	77		

quesa”, “Maña”, “Manzanilla”, “Vasca” y “Condesa”. En ellos constan la edad del animal en días (con indicación de los medios años), el peso en kilogramos (según la báscula), el perímetro expresado en metros (medido con la cinta corriente) y el coeficiente (deducido dividiendo el peso por el cubo del perímetro), amén la imprescindible casilla de observaciones.

Al final de cada cuadro figuran unas consecuencias dimanadas de su examen, y aparte, como anejo, la tabla de

CUADRO NUM. 2

“ M A R Q U E S A ”

Nació el 16 de octubre de 1934.

Se la sometió a ensayo desde el 1.º de diciembre de 1935 al 15 de junio de 1937.

Farió el 9 de octubre de 1936.

Edad en días	Peso en kgs. P	Perímetro en m. C	Coficiente K	OBSERVACIONES
(1) 411	276	1,55	74	
425	280	1,56	74	
446	287	1,60	70	
458	292	1,60	71	Igual C con mayor P.
475	308	1,65	69	
518	334	1,70	68	
(1 ½) 560	370	1,70	75	Igual C con mucho mayor P.
579	382	1,75	71	
596	397	1,76	73	
610	407	1,82	67	
640	429	1,80	74	Sube P y baja C; gran diferencia en K.
657	445	1,84	72	
671	450	1,84	72	
688	457	1,84	73	Aumenta P y se conserva C.
702	462	1,87	71	
718	447	1,88	67	Baja P y sube C.
(2) 732	383	1,75	71	
750	380	1,76	70	Baja P y sube C.
764	378	1,70	77	Gran diferencia con el anterior.
779	388	1,73	75	
793	380	1,71	76	
824	376	1,75	70	Gran diferencia; sube C y baja P.
841	383	1,76	70	
855	376	1,72	74	
869	383	1,73	74	Igual P y menor K que a los 841 días.
883	390	1,75	73	
900	388	1,72	76	Baja poco P y mucho C.
(2 ½) 914	384	1,72	76	Igual C y menor P.
930	400	1,74	76	
944	397	1,74	75	Baja P y se conserva C.
961	413	1,75	77	Supe mucho P y poco C.
981	412	1,73	80	Baja muy poco P y más C.
991	426	1,75	79	
1.005	434	1,77	78	

EXAMEN

- 1.º El mayor peso (462) es a los 702 días, con 1,87 de perímetro.
- 2.º El mayor perímetro (1,88) corresponde a 447 kilogramos.
- 3.º El mayor coeficiente (80) corresponde a 412 kilogramos y 1,73 centímetros.
- 4.º El menor valor del coeficiente es 67, que correspondería a más que “buey extragordo”.
- 5.º El coeficiente debe ser 90 (el de novillos).
- 6.º En 34 pruebas hay 14 anomalías.

los cubos del perímetro entre los límites 1,55 a 1,88, por si el curioso lector quisiera rehacer por sí mismo alguno de los cálculos.

Como resumen de todo ello se obtiene la conclusión de que:

Para los becerros de 1	año, K vale 76
Para los becerros de 1 ½	años, K vale 75
Para los novillos de 2	años, K vale 75
Para los novillos de 2 ½	años, K vale 75

Es decir, que continúan sin aparecer los coeficientes altos y seguimos dentro del tipo del buey *medianamente gordo*, concepto totalmente alejado de la verdadera clase de las reses.

Contrastando con esa constancia, llaman poderosamente la atención los saltos bruscos que da el coeficiente dentro de cada vaca, como se aprecia expresivamente en los gráficos que tenemos a la vista.

Así, en la "Marquesa" pasa de 68 a 75 (en el transcurso de cuarenta y ocho días); luego, de 67 a 74 (en treinta días solamente), y de 70 a 77 (en catorce días). Igual podríamos decir para la "Maña", con cambios de 72 a 77 (en menos de tres semanas); para la "Manzanilla", de 78 a 72 (en dos semanas) y de 80 a 73 (en igual plazo), y para la "Vasca", de 79 a 83 (en diecisiete días).

Ya se comprende que oscilando los cubos de C entre 3,72 y 6,64, se cometerá un error muy grande tomando, por ejemplo, 67 ó 74, indistintamente, y sólo conseguiríamos hacer el ridículo frente a los que, por dedicarse al trato de ganado, tienen costumbre de hacer apreciaciones magníficas, no ya del peso en vivo, sino en canal, introduciéndose así la nueva incógnita del rendimiento, y aun sin llegar a esos especialistas que aprecian una partida de ganado con un error medio de una cuartilla. Conozco varios de ellos... ¡Cómo se reirían si leyesen estas cosas! Afortunadamente, no hay caso.

CUADRO NUM. 3
 APLICACION DE LA TERCERA FORMULA DE CREVAT
 (Día 2 de agosto de 1937.)

Res	Nombre	Peso P Kilos	Vuelta espiral E Metros	Coefficiente K	Coefficiente de Crevat
Vaca	"Benita"	520	3,05	18	40
"	"Ligera"	550	3,02	20	40
"	"Maravilla"	504	3,15	16	40
"	"Gallarda"	483	2,90	18	40
"	"Vecina"	580	3,24	17	40
"	"Maña"	514	2,95	20	40
"	"Marquesa"	434	2,70	20	40
Novilla	"Manzanilla"	458	2,83	20	45
"	"Vasca"	458	2,95	18	45
"	"Condesa"	424	2,75	20	45
Ternera	"Hermosa"	172	2,08	19	50
"	"Liviana"	143	1,80	21	50
"	"Mejorana"	144	1,88	22	50
"	"Vascongada"	42	1,15	27	50

En cambio, tengo un amigo detallista, que siempre lee mis artículos con lupa, y al cual voy a dedicar un parrafito contestando de antemano a la objeción que podría formularme en el sentido de decir que los perímetros estaban mal medidos. Lejos de eso, tal medición—que estuvo siempre encomendada al mismo obrero cuidadoso—no requiere grandes precauciones, y si las exigiese, serían un nuevo motivo para abominar de tan erróneos procedimientos.

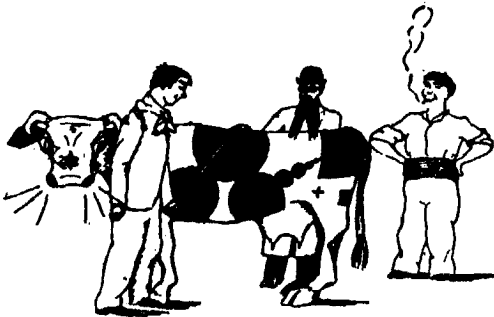
Pero aun se nos presentó la ocasión de remachar el clavo. Antes de dar por concluidas las experiencias buscamos la oportunidad de aplicar el tercer procedimiento, el de la vuelta en espiral, con tan extraordinario resultado que la cuantía de los coeficientes obtenidos—más constantes que en veces anteriores—es la mitad, y aun menos, que la del consignado en la fórmula.

Creemos, pues, suficientemente probado que la barimetría de Crevat—y con más motivo las otras—no pasa de ser una lucubración inútil, bien porque los coeficientes no están acertadamente deducidos (hipótesis poco probable),

porque no se adaptan nuestras razas de ganado (suposición verosímil) o realmente porque con la cinta no se puede reemplazar a la báscula.

En cualquiera de estos casos, los autores deberían vencer la poderosa fuerza de la inercia y suprimir de sus obras las descripciones de este y otros varios inocentes *pasatiempos*, con lo cual darían pruebas de originalidad y buen gusto, no perderían autoridad ante los lectores y conseguirían vender sus libros—después de éste y otros expurgos—mucho más baratos.

Quisiéramos hojear un nuevo tratado de bovinotecnia en el cual no apareciesen esos grabados risibles de toros y vacas, que nunca existieron en el mundo, cruzados por la cinta, a manera de banda, como dicen pomposamente los tratadistas...



CONTROL DE OVEJAS AL ALCANCE DE LOS GANADEROS

A comentar diferentes aspectos del control lechero de las ovejas, que viene practicándose en la Granja de Valladolid desde enero de 1934, hemos dedicado hasta ahora varios artículos en distintos diarios y revistas. Hoy comparecemos nuevamente en estas acogedoras páginas para ofrecer a los lectores las primicias de un trabajo absolutamente original, aunque de condición modesta, que viene a demostrar la afirmación contenida en el título. Bueno será, antes de entrar en materia, aventurar una pequeña recapitulación de lo tratado en otras ocasiones.

Como es bien sabido, en la caracterización de cada nuevo ser intervienen dos poderosas fuerzas: Herencia y Variación. Ni tan antagónicas, que puedan ser tildadas de rivales, ni desunidas al extremo de no poder ser llamadas, en cierto modo, colaboradoras. Suprimid con el pensamiento la Variación, y de los descendientes, insufriblemente parecidos a los progenitores, no cabría esperar ninguna mejora zootécnica.

Supongamos que la Herencia no existe, y cada nacimiento será un acertijo, con parecidas consecuencias en orden al progreso. Pero la realidad es que ambas fuerzas se combinan, dando una resultante, cuya dirección, cuya magnitud y cuyo sentido, van pudiendo predecirse con probabilidades de acierto, gracias a la moderna ciencia de la Genética, aun



Oveja número 42, que obtuvo el título de campeona en 1935.

en los comienzos, pero que ha logrado iluminar caminos tradicionalmente oscuros.

Hay caracteres que son hereditarios: fijémonos en ellos al tratar de seleccionar, y fijémonos bien, para que no pasen inadvertidos. Hay otros externos que “lleen el ojo”, como suele decirse, y, sin embargo, no son transmitidos. Si seleccionamos a base de ellos, perderemos el tiempo sin duda.

Afortunadamente, se heredan las funciones económicas. Por ejemplo, la aptitud de producir leche en las ovejas. Si explotamos este carácter, nos convendrá tener ovejas que sean muy lecheras, aunque incluso llegasen a aparentar no

serlo. Sería reprochable buscar la bonita estampa..., aunque luego la producción no respondiese a ella.

¿Por qué se ha dado, hasta hace poco, tanta importancia al *exterior* de un animal? Porque entonces era desconocido el *interior*, porque el conocimiento era superficial.



Modelo de biberón para corderos.

Vamos, pues, a cambiar de sistema. Conozcamos a los animales *por dentro*, traduciendo a cifras de lo que son capaces, uno por uno.

Tenemos un hatajo de ovejas. Por fuera, todas iguales y todas bonitas. Pero midamos la leche que producen, y en seguida veremos que las hay sobresalientes, buenas, regulares y malas. Vayamos desechando todas aquellas de rendimiento insuficiente, y habremos dado un gran paso con

vistas a la selección. Mas en seguida se nos presenta un problema delicado: la elección del semental, cuya influencia es 50 ó 60 veces mayor que la de una oveja, por intervenir en otros tantos acoplamientos... ¿Cuáles machos serán destinados a padrear? Salvo algún grave defecto, los hijos de las ovejas más productoras, porque este carácter, que se transmite, desde luego, a las hijas, queda latente, escondido, en los machos, para reaparecer, pujante, en las nietas.

Así llegaremos a tener ovejas muy productoras, por haberlo sido sus madres y abuelas paternas.

La cosa no es tan fácil como parece, dirán algunos de los lectores. Ni tan difícil como vulgarmente se cree, estamos en el deber de replicar.

El control se ejecuta con unos pequeños cachivaches; hay que numerar a todas las reses; hay que hacer algunas anotaciones en un cuadernillo... Y de pronto, pasado algún tiempo, se cae en la cuenta de que, siguiendo tales prácticas, hemos logrado independizarnos del pastor, que sabe del rebaño menos de lo que a primera vista pudiera suponerse. El ganadero recobra su papel de director y empieza a pisar terreno firme. Es posible que esto no sean exactamente ventajas del control, pero a él será debida, en todo caso, la mejora de costumbres.

¿Cómo puede practicarse el control? Sin duda, de varias maneras. En la Granja de Valladolid, con la minuciosidad que corresponde a un centro de investigación, empezamos ateniéndonos a las siguientes bases, que pueden verse en el número de *Agricultura* correspondiente a diciembre de 1934 de la colección de esta revista, y que para más comodidad transcribo:

“Primera. Durante los veintidós días subsiguientes al parto, la lactancia del cordero se verificaba en condiciones normales.

Segunda. Al cumplirse las tres semanas de la fecha

del nacimiento, el cordero se separaba de su madre, y ésta quedaba sometida a control durante *cinco meses*.

Tercera. Con ayuda de una probeta graduada se medía la leche que daba cada oveja, no sólo en los ordeños de mañana y tarde, sino en cada una de las vueltas o “manos”.

Cuarta. Una vez mezclada la leche de todas las ovejas, se suministraba al recental la misma cantidad que producía su madre al principio. Posteriormente hubo de disminuirse (porque parecía un exceso), quedando limitada a 400 centímetros cúbicos como máximo y 300 centímetros cúbicos como mínimo (en cada toma).

Periódicamente se analizaba la grasa, caseína, densidad y extracto de la leche de cada oveja.”

En el transcurso de la operación, no fué preciso que nadie nos denunciase la existencia de los inconvenientes. No somos de aquellos propagandistas que, sin duda de buena fe y en aras precisamente de la idea propugnada, exaltan sus méritos, silenciando—como si las olvidasen—las desventajas. Pero como estábamos decididos a controlar, no íbamos a descorazonarnos ante las primeras dificultades, sino que todas ellas se fueron estudiando para buscar el lado favorable, introduciendo pequeñas y sucesivas modificaciones de detalle, desprovistas de carácter esencial.

¿Cuáles son los precitados inconvenientes? Citémoslos en orden de mayor a menor.

1.° La resistencia pasiva de los pastores, que poseen en grado máximo el escepticismo de la ignorancia, del cual habló Schopenhauer. No quiero extenderme demasiado en este aspecto psicológico. La resistencia pasiva se traduce en amontonar obstáculos, en hacer las cosas de mala gana, en gozarse estúpidamente de todos los contratiempos. Ellos dicen con su marrullería: “ni palabra mala, ni obra buena”... ¿Cómo se puede vencer este continuo rozamiento? Por el *similia, similibus*. A la testarudez de ellos, que os dice “no se hará, a pesar de todo”, tiene que responder otra ter-

quedad, aun mayor, que responda: “se hará, por encima de todo”. Hasta que, poco a poco, van abandonando la rutina para acabar haciendo puntualmente lo que se les dice, cayendo, si queréis, en otra nueva (aunque científica) rutina.

2.º La operación no deja de ser fastidiosa de por sí, pero el que “algo quiere, algo le cuesta”. Se tarda más en ordeñar, ¡pero no mucho más!, y el pastor, rechupando su



Otro modelo de biberón.

lápiz, tiene que hacer anotaciones en los estadillos que debe darle preparados el ganadero. Este conviene que ponga diariamente los datos en limpio. Si no lo hace así, no ejercerá sobre el pastor verdadera vigilancia y se le escaparán algunos detalles de interesante observación. Total, pequeñas molestias para amo y criado, que han de sobrellevarse con entusiasmo y paciencia, respectivamente.

3.º Al controlar a las madres, pasados los veintiún días, surge un dilema. O se sacrifica el *lechazo*, o hay que darle biberón. Lo más cómodo es lo primero, pero puede

ocurrir que no convenga matar, por cuestiones de mercado, por tener poco peso todavía y, sobre todo, para poder dejar para vida las hijas de las reses que (por virtud de los datos que vayamos obteniendo) se deban respetar como sobresalientes. En estos casos no hay más remedio que recurrir al biberón.

Pueden adoptarse varios modelos. O el que se describía



Los corderos toman su leche con la máxima formalidad.

en el citado número 72 de *Agricultura*, cuando se trata de pocas crías, o los que aparecen en las fotos que amenizan esta prosa plúmbea, u otros cualesquiera. Todos son *cacharrros* de construcción casera y baratos.

Los corderillos se acostumbran fácilmente a chupar de las tetinas (tanto más, cuantos menos días tienen); después se les puede ir enseñando a beber directamente de la herrada, y en todos los casos se les empieza pronto a suministrar con cautela alimentos de fácil digestión, para iniciar el destete.

* * *

Salvados los principales inconvenientes, el control en el segundo y tercer año se efectuó con normalidad. Ahora

bien: no había ni que pensar en que los ganaderos pudiesen —por regla general—ejecutar la operación con tantos rigormos. Había que facilitarles la tarea, y a ello se encaminaron a renglón seguido nuestras observaciones y nuestros esfuerzos. Se imponía, desde luego, abandonar el control

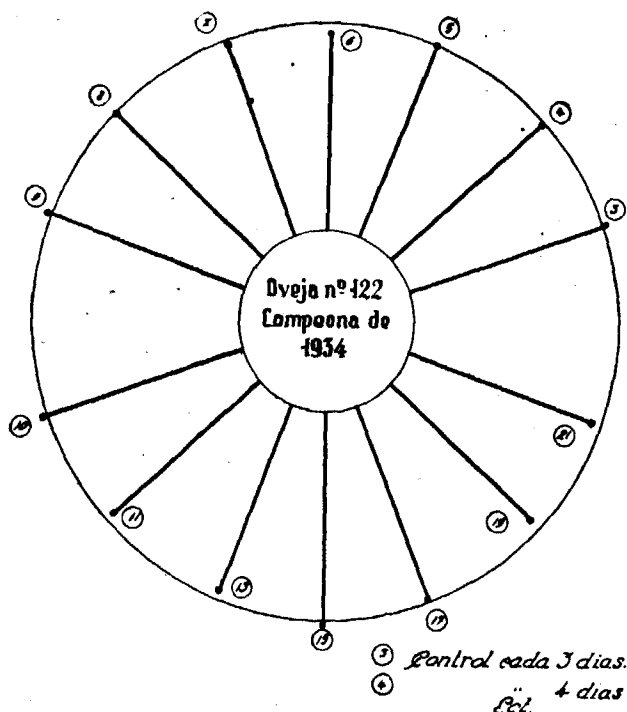


Gráfico núm. 1.—Demostración gráfica de la suficiente aproximación que, con respecto a la circunferencia del control diario, logran los radios que representan a escala los controles periódicos para esta oveja.

diario y sustituirle por otro periódico, pero ¿cuál había de ser el intervalo? En la escasísima bibliografía española sobre el particular, recordábamos que Matallana recomendaba medir la leche cada quince días. ¿Y por qué cada quince días y no cada dieciséis o cada doce? Era de presumir que a medida que transcurriesen más días, el resultado iría sien-

do cada vez más inexacto... ¿Hasta qué punto el error sería tolerable?

Por fortuna, quien guarda, halla: y nosotros teníamos datos suficientes para llevar a efecto una labor comparativa, que nadie hasta ahora había emprendido, que sepamos.

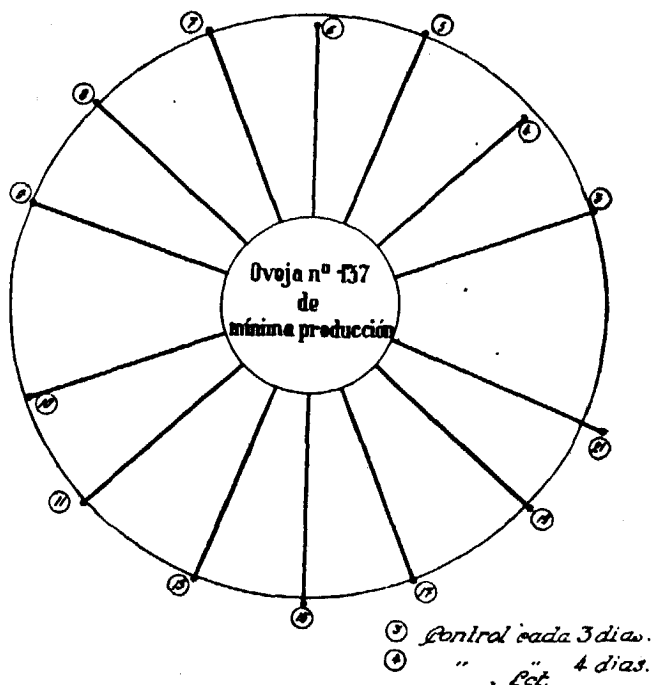


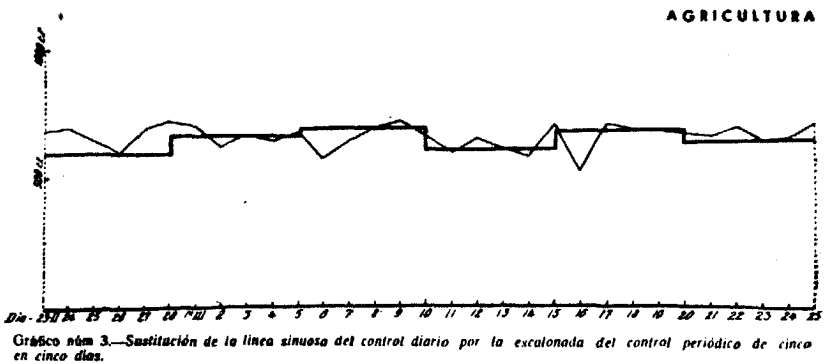
Gráfico núm. 2.—Igual acontece para la oveja de menor producción y, en general, sucedería lo mismo en cualquiera que se tomase.

Poseyendo los datos completos de producción diaria de 61 ovejas, se podían sumar los centímetros cúbicos segregados de tres en tres días y comparar la suma (después de multiplicada por 3) con el control diario (o auténtico). Esto equivalía a ver qué resultado se habría obtenido si a las ovejas se las hubiese medido la leche cada tres días, ya que el ordeño se debe hacer siempre a fondo, médase o no la leche. Luego se hizo igual operación sumando en todas de

cuatro en cuatro. Y después, cada cinco días, cada 6, 7, 8, 9, 10, 11, 13, 15, 17, 19 y 21... ¡Una labor digna de la paciencia de Job!

Para comparar los controles periódicos con el control diario y deducir los errores correspondientes (en tantos por ciento), había que tomar dos precauciones lógicas:

A) Si la división del plazo total (ciento cincuenta días) por el intervalo entre cada dos mediciones, no daba cociente exacto, había que restar de la producción total (control dia-



rio, venimos diciendo) el volumen segregado en los días finales que constituyen el resto de la división. Un ejemplo aclarará esto inmediatamente.

(1) Producción medida diariamente de la oveja 33, en ciento cincuenta días, 65,380 litros.

(2) Producción de la misma en ciento cuarenta y ocho días, controlando de cuatro en cuatro, 64,680 litros.

(3) Producción en los dos últimos días, a restar de (1), 0,645 litros.

(4) Producción medida directamente en ciento cuarenta y ocho días, para comparar con (2), 64,735 litros.

(5) Error obtenido al controlar así esta oveja, —0,1 por 100.

B) En el gráfico número 3 se ponen de manifiesto las operaciones que se vienen reseñando. Todo queda redu-

cido a sustituir la línea sinuosa del control diario por una especie de escalera, en la cual las *huellas* son la producción, supuesta constante en cada intervalo (de cinco días en el caso de la figura), y las *contrahuellas* el resalto al pasar de uno a otro.

ESTADO NUM. I

			Control diario	Control cada 3 días	Error por 100
Oveja núm.	31		66,150	66,645	+ 0,7
" "	33		65,380	66,075	+ 1,0
" "	34		86,920	86,340	— 0,6
" "	35		55,965	56,475	+ 0,9
" "	38		104,030	104,850	+ 0,7
" "	41		78,485	77,000	— 0,6
" "	42		111,270	109,335	— 1,7
			Control diario	Control cada 4 días	Error por 100
Oveja núm.	31		65,610	66,680	+ 1,6
" "	33		64,735	64,680	— 0,1
" "	34		86,135	85,100	— 1,2
" "	35		55,480	56,420	+ 1,7
" "	38		102,695	101,040	— 1,6
" "	41		77,880	76,620	— 2,2
" "	42		110,200	110,280	+ 0,1
			Control diario	Control cada 5 días	Error por 100
Oveja núm.	31		66,150	65,475	— 1,0
" "	33		65,380	66,200	+ 1,2
" "	34		86,920	84,675	— 2,5
" "	35		55,965	56,400	+ 0,7
" "	38		104,030	102,200	— 1,7
" "	41		78,485	77,550	— 1,2
" "	42		111,270	111,450	+ 0,1
			Control diario	Control cada 6 días	Error por 100
Oveja núm.	31		66,150	65,910	— 0,3
" "	33		65,380	63,150	— 3,4
" "	34		86,920	87,180	+ 0,3
" "	35		55,965	55,950	± 0
" "	38		104,030	105,240	+ 1,1
" "	41		78,485	77,940	— 0,7
" "	42		111,270	113,250	+ 1,7

Sin embargo—y aquí de la segunda precaución—, no es indiferente tomar para producción constante del intervalo una cualquiera.

Si tomamos la del día que le encabeza, cometeremos un error por exceso, ya que, por ley natural, la producción ha de ir decreciendo poco a poco desde el principio al fin de la temporada de ordeño. Si aceptásemos como norma la cantidad producida en el último día de dicho plazo, por las mismas razones controlaríamos por defecto. Y estos excesos y defectos serán tanto más ostensibles cuanto más dilatado sea el intervalo.

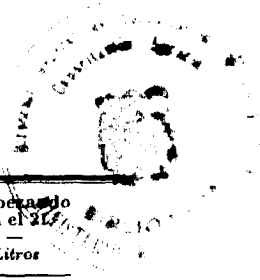
Lo lógico—y lo aconsejable—es servirse de la producción del día central en los períodos impares y de la del día último de la primera mitad en los pares. Así, si se controla cada veintiún días, no mediremos la leche en los días 1-22-43-64-85-106-127, a contar desde el principio del control, ni tampoco en los 21-42-63-84-105-126-147, sino precisamente en los centrales de cada período, o sea 11-32-53-74-95-116-137.

ESTADO NUM. 2

	Contro- les pe- riódicos	Error medio	Error máximo por exceso %	Error máximo por defecto %	Total de erro- res por exceso	Total de erro- res por defecto	Sin error
Cada	3	0,99	2,5	2,1	33	25	3
"	4	1,06	3,6	3,4	31	26	4
"	5	1,54	3,9	9,8	24	35	2
"	6	1,68	5,5	3,9	24	33	4
"	7	2,11	5,6	6,0	24	35	2
"	8	1,49	4,1	4,0	35	25	1
"	9	1,61	6,3	5,5	29	32	0
"	10	2,09	6,6	8,3	32	27	2
"	11	2,52	5,8	12,5	27	32	2
"	13	2,82	8,2	7,0	34	26	1
"	15	2,84	7,1	10,3	30	31	0
"	17	3,03	10,0	10,0	31	30	0
"	19	3,38	8,3	9,6	27	33	1
"	21	3,23	11,5	12,0	31	29	1

Indiquemos las diferencias que pueden encontrarse, con unos ejemplos:

CONTROL CADA VEINTIUN DIAS



		Control diario.	Empezando en el 1.º	Empezando en el 11.	Empezando en el 21.
		Litros	Litros	Litros	Litros
Oveja núm.	94.....	61,660	67,200	60,795	54,600
" "	95.....	77,015	80,375	78,330	69,195
" "	100.....	65,615	78,015	67,305	59,430

Que demuestran la aproximación existente entre la verdadera cifra y el control, empezando en el día central.

* * *

Con los datos de los 14 controles correspondientes a cada una de las 61 ovejas, se ha completado un gran cuadro, del cual se transcriben en el estado número 1 los cuatro primeros controles de las siete primeras ovejas, Hemos creído impertinente la publicación del cuadro total, que hubiese inundado de monotonía varias páginas. Pero si a algún lector le interesase algún dato más, es obvio decir que con gusto se lo facilitaríamos.

Mucho más interesante es el estado número 2, en el que cristaliza esta labor abrumadora (854 sumas, cuyo número de sumandos oscila entre 50 y 7. Otras tantas multiplicaciones y divisiones. Más de 1.000 restas... Justo es declarar que la mayoría de este trabajo ha recaído en el Perito Agrícola del Estado D. Fernando Alonso Pimentel (1), que lleva todas las anotaciones del control con un entusiasmo y un espíritu de observación muy difíciles de superar).

El referido estado es la tabla de errores, en la cual hemos visto con gran satisfacción que, *en todos los casos*, se obtiene suficiente aproximación. No pretendemos dogmatizar, ni creer que puedan ser considerados como definitivos resultados que provienen de pocas ovejas (todas de las que

(1) Fallecido trágicamente en plena juventud, así como "Fervá", ilustrador de alguno de estos artículos. Quede consignado aquí un emocionado recuerdo para ambos.

disponemos), pero es tan clara la orientación que se desprende en el sentido apuntado—especialmente por lo que se refiere al error medio—, que no creemos que una investigación más en grande llegara a cifras muy diferentes.

Dicho error oscila entre el 1 y el 3 por 100, viéndose



Corderos alimentándose con el segundo modelo de biberón reproducido.

cómo (con excepciones ligeras) va aumentando al espaciarse las determinaciones.

Por lo que se refiere al error máximo que pudiera cometerse en un caso aislado, ya se ve también que muy rara vez pasa del 10 por 100, y por lo general queda comprendido entre el 4 y el 8.

Los gráficos números 1 y 2 confirman esto mismo en su mudo lenguaje.

* * *

En vista de todo lo anterior, creemos, amigo ganadero, que no hay pretexto para rechazar el control. Vamos, pues, a esbozar lo que podría ser un *programa mínimo* para iniciarse en estas determinaciones.

Primero. Dejar mamar a los lechazos los veintiún días primeros.

Segundo. Sacrificarles a continuación.

Tercero. Controlar cada día 10 ovejas de las que se han quedado sin cría, lo cual supone tardar en el ordeño *un cuarto de hora más*. El intervalo del control vendrá determinado por el cociente de dividir el número de ovejas que se van a controlar, por 10. Así, si aquél fuera 130, a cada una le correspondería cada trece días, no siendo prudente pasar de las 200.

Cuarto. Al año siguiente se controlarían las que no pudieron serlo el año anterior, las primerizas y algunas de las ya controladas, hasta completar el mismo cupo.

Para terminar, no será ocioso advertir que no se trata de disquisiciones teóricas. Que el control lechero se practica en todos los países de ganadería adelantada (recientemente se ha publicado en Italia una obra con el título *I risultati del controllo del latte negli ovini sardi*), y que aquí mismo en España le practicaron y escribieron sobre él Cascón y Matallana, consiguiendo que varios ganaderos de la famosa tierra de Campos le pusieran también en obra.

De Matallana, precisamente, son las siguientes frases:

“Al leer en los libros la conveniencia de hacer estos ordeños, juzgáremos que habían de ser engorrosos y nada prácticos; pero cuando hemos visto lo sencillo, útil y absolutamente necesarios que son para todo rebaño, aunque no se trate de mejorar, no nos cansaremos nunca de recomendar al ganadero práctica tan beneficiosa...”

LA CUENTA DE LA YUNTA

—Pero... ¿de veras te interesa conocer el coste de un día de jornal de tus bueyes?

—Supongamos que me interesa. O suponte, si lo prefieres, que me agrada charlar una hora contigo.

—Muy bonita película. Pero yo estoy lejos de ser un Chevalier.

—Supongamos también que esa declaración no constituya una sorpresa.

—Dame pluma y papel. Gracias.

—Empieza.

—Antes de empezar, una advertencia. Vamos a hacer la cuenta de una sola yunta, y digo vamos, porque yo me limitaré a ordenar, a canalizar los datos suministrados por ti... et si non, non.

—Amén.

—Primer punto: *Alimentación y cama.*

—Es decir, todo un programa.

—En serio, Maruja.

—¡En serio, Ramón!

—¿Qué comen tus bueyes?

—Pues... lo mismo que los bueyes de los demás.

—¿Y qué comen los bueyes de los demás?

—¡Mira con cuánto ingenio me obligas a confesar: igual que los míos! Yo creí que tú lo sabías o, al menos, serías capaz de suponerlo.

—Hipótesis desde el principio, finales inverosímiles.

—Llamaremos a Tiburcio, a ver si por casualidad nos saca de dudas.

—¿No te figuras de qué me estoy acordando?

—Del *Maine*.

—Sí, de aquella ración que me hiciste calcular para tus ovejas, calificada luego de “disparate científico impracticable”.

—Pero pasamos dos horas muy divertidas con el jergológico.

—Sobre todo tú.

—Ahora no se trata de pasar el rato. Voy a satisfacer tu curiosidad, chico... ¡para no verte sufrir, vida! Ya sabes que además del “ojito derecho”, soy la secretaria de papá. Mis honorarios son especiales. Me pertenecen todos los beneficios derivados de las cuentas de sus negocios agrícolas que le presente debidamente justificadas. Y ahora, precisamente, estoy atravesando una crisis...

—¡No me ñiiiiiga!

—No vislumbrando una ganancia por parte alguna, he discurrido hacer la cuenta de gastos de nuestras yuntas de bueyes...

—Comprendido. Tu padre suele emplear sus yuntas “a jornal”, llevando piedra a la Estación en días sobrantes para sus labores. Si consigues demostrar que el precio de coste de una obrada es inferior al importe consabido de la huebra...

—Me gano unas pesetillas, las cuales me están haciendo mucha falta. Aquí está el mayoral.

—Dinos, Tiburcio. ¿qué se da en este pueblo a los bueyes cuando están bien mantenidos?

—Media fanega d'algarrobas pá cá yunta.

—Y los de D. Lorenzo...

—Sí, señor; salen a cuartilla por testa. Pero no hay que perder de vista que en la cuartilla de algarrobas entran otras cosas y salen algarrobas.

—¡Qué torpeza la mía! No te entiendo.

—Mi explique es el mediano. ¿Cuánto viene pesando la cuartilla de la mentá?

—Once kilos, poco más o menos.

—Pós no se dan enteramente de ese grano, motivo a que ataca la vista del animal y afloja el bolsillo del amo. Se promedia con centeno y salvado de muchas formas. Aquí, en casa, damos tanto centeno como algarrobas; un poco menos peso de salvado y mucho bulto de paja, que, en fin de cuentas, viene pesando un poco más que el cereal.

—¡La charada otra vez!

—¿Será ésta la solución? Ocho kilos de algarroba; otros ocho de centeno; seis de salvado y diez de paja.

—Cabalmente, señorita María.

—Y esta ración, ¿durante cuánto tiempo?

—Diez meses: es un poner. Los otros dos de primavera los pasan grandemente en las cerquillas enverdinás o en las praeras de aquí junto.

—Bien. En trescientos días consumirán 2.400 kilos de algarroba, 2.400 de centeno, 1.800 de salvado y 3.000 de paja; lo correcto sería aplicar a estas cantidades los precios de coste respectivo, pero como se ignoran...

—Mucho lamento que tú, fino como el coral, te veas obligado, por mi causa, a cometer una *incorrección*.

—Incorrección, aunque te rías, es aplicar los precios de mercado vigentes en el pasado agosto: 0.48, 0.44 y 0.42 por kilo de pienso y 0.75 por arroba de paja.

—No me entero. ¿Cuándo se convencerán ustés de que hablar por kilos es hablar en gringo?

—Por el pasto consumido... ¿qué cargamos en cuenta, Marujita?

—Nosotros solemos poner en las cuentas a 0,60 por cabeza y días, pero los prados de oerca del pueblo son los más caros, y como también hemos hablado de que los bueyes consumirán algo de alcacel, creo se puede evaluar todo ello en 1,50 por día y yunta.

—¿Qué cama se pone a los bueyes?

—¿Cama? ¡Estaría decente! Cuando toas las presonas la tengan, habrá que ir pensando en dárselas a las bestias.

—¡Tiburcio! No empieces a desembuchar tus romances. Cama, no se pone, ¿sabes? Zarandean la paja, echan al suelo los granzones, y como algo tira siempre el animal... En fin, puedes poner kilo y medio para completar la arroba por barba.

—*Personal.* ¿Hay algún obrero encargado exclusivamente de cuidar las yuntas?

—No; turnan a temporadas los mismos que las manejan o encomiendan el asunto al más viejo, porque duerme menos.

—Y no va de ronda.

—El jornal del gañán le supondremos de cinco pesetas "a seco".

—¡Bueno va!

—*Habitación.* Dificilillo es el cálculo de esta partida. Porque las casas de labrador, al estilo de este pueblo, muchas veces carecen de dependencias; en cambio otros vecinos disponen de corrales (boyeriza, pajar, cuadra, tinados, etc.), que dan en alquiler por no serles en absoluto necesarios... y ¡viva la paradoja!

—¿Cuánto ponemos, Tiburcio? Echa la cuenta por lo bajo de algunos arriendos de corrales que tú conozcas y dinos.

—Ciento cuarenta reales por pareja.

—*Herraje*. ¿Cuántos callos de cada clase se ponen por año?

—¿Hay más de un modelo?

—Sí, señorita. Los sencillos son a modo de suelas de la pezuña y los dobles tienen además un cuerno, un remate que se cuela por entre las uñas y se dobla contra ellas resguardándolas. Estos más fuertes son pá los acarreos y los corrientes pá la labor.

—¿Se gastan pronto?

—Hombre... según el trabajo y según la fuerza de los suelos. Duran más de las tres semanas y no llegan al mes.

—Pondremos veinticinco días. O sean catorce juegos de cuatro callos.

—Ocho dobles a peseta y cuarenta y ocho sencillos a dos reales.

—*Veterinaria*... Pagaréis por iguala.

—Sí, pero en ella van involucrados todos los servicios facultativos aplicados a los distintos animales domésticos, entre ellos a Fábregas.

—¿Quién es Fábregas?

—El gato, bobo.

—¡Ah! Los bueyes casi no padecen enfermedades. Supongamos que la asistencia del veterinario, para los efectos de esta cuenta, os suponen unas ocho pesetas de gasto.

—¿Nada más?

—*Medicamentos*. Pocos, ya lo sé. Este ganado no tiene tantos cólicos, ni cojeras, como el caballar. Alguna purga... Las inyecciones anticarbuncosa y antiperineumónica... ¡Bah, 10 pesetas!

—*Alumbrado*.

—¡Hijo, no se te escapa nada!

—Una bombilla cuesta tres pesetas mensuales a tanto alzado, y menos aun, si hay contador.

—Total, 36 riales al año, pues se aprovechan de su luz cuatro yuntas.

—*Sal.*

—Pregunta usted tanto como el padrón; ¡déjese ya de *escupilancias!*

—¿Eh?

—Quiere decir el gran Tiburcio que prescindas de menudencias incapaces de alterar el final.

—No; yo soy ortodoxo.

—Damos una bola por cabeza a fin de invierno, pá aligerar el estentino a las bestias, pá remeterlas diznamente en el buen tiempo, porque dicen que en primavera es como si nacióramos todos otra vez.

—¡Hola! Metafísico estáis.

—Pesa cá bola cinco kilogramos y se vende a 30 el kilo. Total, una miseria. Y dicho esto, me retiro; con permiso.

—Aguarda un poco.

—Me esperan abajo Lucio y el “Piltrafa”. He dicho ya que me voy... ¡y me voy! Yo también soy un poco *otro-dosco*.

—Sí, váyase amigo. Ya no le necesitamos.

—¿Acabas pronto?

—Aun queda otro tanto.

—Pues entonces a mi ganancia la veo en globo.

—Como estamos a jueves...

—“¡Amos, anda! ¡Amos, anda!” Será forzoso concertar una tregua. Diré que nos sirvan aquí mismo un clásico chocolate con churros.

—¿Qué hora tenemos?

—Son más de las cinco y menos de las ocho.

—Venga el chocolate. Es la hora del té.

.....

—¿Seguimos?

—Rabiando estoy por conocer el resultado.

—Pues lo que haya de ser, será. Muy bueno estaba el

chocolate, pero como comprenderás no me doy por sobornado.

—Lo que te das es demasiada importancia.

—Al grano. *Mobiliario de cuadra*.

—¿Mobiliario? Eso es una camelancia tuya.

—Así se llama al conjunto de arneros, escobas, horquillos, espuertas, carretillas, etc. De todo ello puede corresponder a cada yunta un valor de 50 pesetas, y tomando como gastos anuales de interés, conservación y amortización de este capital su 10 por 100, cargaremos en cuenta cinco pesetas.

—¡Valiente puñado son cuatro moscas!

—Perdona: he dicho *un mosco*. Atalajes: yugo, coyundas, cadena de encuartar, etc. Puede tasarse todo en 75 pesetas, y tomando el 10 por 100, por las mismas razones de antes, anoto 7,50.

—Dilettantismo puro.

—¡Escupilancias!

—Otra partida.

—*Servicio*. Se puede suponer que la yunta en cuestión vale 2.000 pesetas... No, no es mucho... Se trata de bueyes buenos, de unos 500 kilogramos de peso en vivo. El servicio de este capital al 4 por 100, serán 80 pesetas. *Seguro*.

—¡Cuando tú lo dices...!

—Me refería a la cuota destinada a prevenir accidentes.

—No hay costumbre de asegurar los bueyes, sino simplemente las caballerías. El riesgo es pequeño, porque si se desgracia un animal o enferma — en ciertos casos —, da gran parte de su valor en el matadero.

—Podemos, sin embargo, asignar un 2 por 100 en concepto de autoseguro...

—Pero ¿hay auto... seguro?

—...Y para que la suma de servicio y seguro nos dé el seis, tipo de interés muy corriente.

—¡Ya me parecía a mí que te quedabas muy corto con el cuatro!

—*Amortización.* Se amortizará en siete años, por ejemplo (la vida económica de este ganado transcurre entre los cuatro y los once años), el valor $[P-D]$, siendo P el coste de adquisición de los bueyes y D su valor de desecho.

—La diferencia será pequeña, pues se pueden llevar al matadero en ocasión propicia para alcanzar un precio alto y además más gordos que cuando se compraron.

—Unas 250 pesetas, si suponemos que D vale 1.750, o sean 50 arrobas a siete duros. Ya está bien, ¿no? La cuota anual a se deduce de esta bonita fórmula:

$$250 = \frac{a [(1'05)^7 - 1]}{0,05}$$

—No es preciso. Aquí están las tablas de un señor que tuvo la gentileza de ahorrarnos el penoso trabajo. La anualidad es: $250 \times 0,12 = 30$ pesetas.

—Bien, mujer. Nos hemos salvado “en unas tablas”.
Interés de los gastos anteriores.

—¡Oye, oye! Me parece que te tomas por mí demasiado “interés”.

—No, alhaja. Los gastos se van haciendo sucesivamente en el transcurso del año; vamos adelantando poco a poco el dinero a la yunta, si se me permite la frase. Sería molesto ir viendo *día por día* el interés de cada desembolso. Es equitativo sumarlos todos o cargar un módico tanto por ciento de rédito: 2,5 por 100.

—Pero hay gastos indirectos que materialmente no llegan a hacerse.

—La diferencia obtenida excluyéndolos sería insignificante.

—Tú te lo dices todo.



—*Cálculo del valor del estiércol.* En realidad poco o nada debería rebajarse por este concepto de la cuenta anterior, pero quiero mostrarme generoso hasta el límite.

—¡Oh!

—En este pueblo el estiércol no tiene casi estimación, no porque se desconozcan sus ventajas, sino por la gran distancia a que se encuentra el labrantío.

—¿Cuánto abono se obtendrá de una yunta?

—Poco: ocho o nueve carros; como aquí no se pone cama...

—¿Y precio?

—La cuestión se complica. No puede aplicarse el método científico de Londet, por falta de datos y apreciaciones. Tampoco existe prácticamente un precio comercial.

—Sin embargo, el Ayuntamiento subasta todos los años los basureros de la Villa.

—Pero sólo se viene dando en estos tiempos una peseta por carro, precio bajísimo. Teniéndolo en cuenta (y porque además del verdadero estiércol venden, mezcladas con él, inmundicias de menor valor como fertilizantes), podemos poner nosotros el carro a tres pesetas. O sean 27 en total. Ahora sólo nos queda hacer el cálculo de los días que trabaja la yunta.

—¿Se acabaron los gastos? ¡Gracias a Dios! Hagamos entonces una recapitulación a la ligera. Lee, Ramón.

—Escucha:



Pesetas

ALIMENTACIÓN Y CAMA:

1. Por 2.400 kilogramos de algarrobas (ocho diarios durante trescientos días, a 0,48 el kilogramo)	1.152
2. Por 2.400 kilogramos de centeno (ocho diarios durante trescientos días, a 0,44 el kilogramo)	1.056
3. Por 1.800 kilogramos de salvado (seis diarios durante trescientos días, a 0,42 el kilogramo)	756
4. Por 3.000 kilogramos de paja (10 diarios durante trescientos días, a 0,75 la arroba)	195,65
5. Por el pasto consumido en sesenta y cinco días (a razón de 0,75 la cabeza)	97,50
6. Por 450 kilogramos de paja para cama (a 0,75 la arroba).....	29,35

	Pesetas.
GASTOS DIVERSOS:	
7. Personal (por 365 jornales, a cinco pesetas)	1.825
8. Habitación (al tipo de alquiler)	35
9. Herraje (48 callos sencillos, a 0,50, y ocho dobles, a una peseta)	32
10. Veterinario (parte alcuota de la iguala)	8
11. Medicamentos e inyecciones	10
12. Sal (dos bolas de cinco kilogramos, a 0,30 el kilogramo).....	3
13. Alumbrado (corresponde a una yunta)	9
14. Mobiliario de cuadra (10 por 100 de su valor para gastos anuales)	5
15. Atalajes (10 por 100 de su valor para gastos anuales)	7,50
16. Servicio (al 4 por 100 de 2.000 pesetas)	80
17. Seguro (al 2 por 100 de igual precio de adquisición)	40
18. Amortización (en siete años al 5 por 100; valor a amortizar: 250 pesetas)	30
19. Servicio del capital circulante representado por los gastos anteriores (al 2,5 por 100)	134,28
<i>Total</i>	5.505,28
A rebajar, importe del estiércol	27
TOTAL EFECTIVO DE GASTOS	5.478,28

—¡Casi 6.000 pesetas! ¡Qué espanto!

—Y lo peor es que no podemos dividir por trescientos sesenta y cinco días, pues se pierde una sexta parte por diversos motivos. *Por festividades...* Habla tú.

—Van siendo cada vez más los días en los cuales se hace fiesta: Año Nuevo y Reyes; dos de Carnaval; tres de Semana Santa; 14 de abril y 1 de mayo; San Isidro; la Ascensión, Corpus e infraoctava; San Pedro; tres de la función del pueblo; día de los Santos y Pascua. Total, 25, con algún permiso que se dé al criado.

—*Por el temporal*: No se pierden en rigor muchos días, pero el número es variable de año a año. Unas veces no se puede labrar por exceso de lluvia, otras por falta de tempe-ro. También es causa de paralización el mal estado de los caminos, imposibilitando los acarreos. Se puede suponer que se dejan de trabajar treinta y cinco días por este concepto.

—*Por enfermedad del gañán o de la yunta*. Se desaprovechan pocas fechas por este motivo: quizá no lleguen a cinco en todo un año.

—Nos quedan, pues, trescientos días de faena, que suponen el número de horas de trabajo útil deducido de la cuenta siguiente. Primavera: ochenta días a siete horas.

—O sea un total de quinientas sesenta.

—Verano: ochenta y cinco, a nueve...

—Que son setecientas sesenta y cinco.

—Otoño: ochenta, a seis...

—Cuatrocientas ochenta.

—E invierno: cincuenta y cinco, a cinco...

—Solamente doscientas setenta y cinco. Y en total, dos mil ochenta.

—Te parecerá escaso el número de horas de labor efectiva asignadas, pero ya sabes lo alejado por término medio que queda el labrantío. Resumen:

	Pesetas
Coste por año de la yunta	5.478,28
Coste por día de trabajo (a razón de trescientos)	18,26
Coste por hora de labor (a razón de siete)	2,63

Como se vienen pagando 20 pesetas por huebra, quiere decirse que te va a quedar un margen escaso. De veras lo lamento.

—¡Bah! Eso es cuenta mía. Yo necesitaba una pauta, y entonces requerí tu auxilio. Ahora todo se reduce a retocar las cifras, a darles un poquito de coba.

—Maquillaje a la pobrecita Economía, no. Mi responsabilidad de colaborador te prohíbe hacer trampas.

—¿Y qué podrás hacer para impedirlo, sin pecar de indiscreto?

—Publicaré la cuenta en algún periódico del cual sea tu padre suscriptor.

—No tendrá tiempo de leerle, según costumbre.

—Le mandaré un anónimo.

—¡Vaya perra que has cogido! Pon precio a tu silencio.

—Que te prestes a hacer ahora la cuenta de gastos de

un matrimonio reciente para ver si quedan satisfechos con los varios ingresos de D. Ramón López.

—“Se prohíbe seguir por ese camino.” ¡Esos son otros “Lópeces”!

.....
Ramón sale en busca de la cena.

Aunque las calles están llenas de barro, ya no le importa mancharse las botas.

La niebla es espesa, aguardentosa (con el color blanqui-azulado del aguardiente con agua). La niebla—según asegura un poeta local—es el sudario de la ciudad en calma. Allá él.

Los escasos transeúntes se saludan con recelo desde la profundidad de sus embozos.

Ton... Ton... Ton... Ton... Ton...

Tin... Tin... Tin...

Tan... Tan... Tan... Tan... Y así hasta 33 campanadas.

Es el toque de ánimas, capaz de sobrecoger a quien no tenga hábito de escucharle.

Ramón, desde luego, apenas le oye. Va el hombre muy satisfecho, pensando casi en voz alta. No sería raro que sus pensamientos fuesen estos precisamente:

—Mi declaración un poco imprevista y un mucho superrealista no ha podido hacer más que asomar las orejas. Sin embargo, moralmente no me doy por fracasado. Si Maruja no estuviese interesada por mí, no hubiera inventado el truco de la cuentecita para retenerme a su lado. Y el caso es que, para haber sido tramitados en circunstancias frívolas, no han resultado los cálculos mal del todo. ¡Alábate, pavo! Sobre todo para quien acierte a darles el carácter puramente particular, impropio para servir de peligrosas generalizaciones.

El problema de averiguar el coste del trabajo de una cualquiera de las juntas de este pueblo no es tarea sencilla por su complejidad y dificultades considerables, aun des-

cartando la suntuaria exactitud llevada al límite y conformándonos con aproximaciones a la verdad, muy suficientes en la práctica.

La complejidad nace del mismo modo de ser del aprovechamiento de la tierra, traducido en una ganadería floreciente y una agricultura más bien precaria. De ahí que en este lugar existan ganaderos importantes, exclusivamente ganaderos (¡no faltaba más!), ganaderos con visos de labradores y fabricantes de poco más o menos, no muy ilustrados y de escasos vuelos, hasta el punto de que la labor del más fuerte es de ocho pares... y es excepcional.

Es decir, que no existe, como en Valdemojado sin ir más lejos, ese grupo homogéneo de agricultores de las mismas costumbres, de idénticos procedimientos, de parecidas tendencias que permiten escoger a uno de ellos como prototipo de la clase y—tomando datos de unos y de otros—sacar resultados de su contabilidad aplicables a la mayoría. Lejos de ello, aquí (donde entre paréntesis no han podido asociarse por su carácter rabiosamente independiente) “cada cual cuida su chozo y gobierna su zurrón”, y la fórmula general no aparece por parte alguna.

Las dificultades nacen de la sobra de despreocupación y falta de previsión. Sobra de despreocupación, para que no llevando cuentas más que en la memoria, no sepan con certeza los piensos consumidos, facturas pagadas, etc., y falta de previsión que les impide hacer acopios en debida forma, para cumplir normas prefijadas de alimentación. Las yuntas se mantienen con lo que haya en casa “de momento”. Si suben las algarrobas, se les da más centeno y si están en buenas carnes se les acorta la ración... Y cuenta que este renglón de alimentación es el más importante, cosa a la cual don Lorenzo no da, ni más, ni menos importancia que cualquiera de sus convecinos, muchos de ellos perseguidores del límite hedonístico, nombre pomposo inventado por un gua-

són que buscaba el rendimiento máximo con el sacrificio mínimo. Algo así como el timo del portugués.

En fin, la cuenta está echada. Ella satisfecha, y yo encantado. Y aunque para quedar bien del todo he debido explicarle las variaciones que presenta el caso cuando se trate de una máquina o de un motor, me he guardado muy bien de hacerlo, con objeto de no malograr una futura entrevista ya entre vista.

Sin embargo, Maruja es inteligente y podrá ocurrir que ya no necesite andadores. Confiemos en la escapatoria de algún detalle. Por ejemplo, que las máquinas no conviene amortizarlas a plazo largo, por los continuos adelantos de la mecánica.

O que en la partida de conservación se incluirán los gastos de cobertizo, donde máquinas y motores se almacenan, en proporción al espacio ocupado por cada máquina.

Quizá le interese más averiguar los gastos anuales del ganado de renta, y tendrá una verdadera satisfacción cuando le diga que, por el constante renuevo, no existe como gasto la amortización.

Y al llegar a este punto Ramón se cuela bonitamente en su casa. Sin una invitación por su parte, no nos parece discreto penetrar. Seguimos calle arriba disimulando, y al volver sobre nuestros pasos, a través de una ventana se le ve cenar con aire distraído. ¡Feliz él!

GLOSAS DEL REQUESON AUTENTICO

Castilla descolorida.

Miraflores de la Sierra, Chozas de la Sierra, Guadalix de la Sierra. Y más abajo, el importantísimo portazgo de la Sierra: Colmenar Viejo. Al sur del pueblo, una agricultura intrascendente aplica las ondulaciones de un diluvial empobrecido. Al Norte alternan, disputándose los cercados, ganadería y agricultura en armonía aparente, y, ya en las estribaciones de la montaña arcaica, cunde y manda la ganadería.

La policromía del paisaje descansa en seis colores: tres azules, azul transparente de la cordillera, azul marítimo del atardecer sobre El Pardo y azul joyante del embalse de Santillana. Dos verdes: el efímero y mudable de los prados y el asceta y perenne del enebro. Y un gris, muy gris, en el que se disuelve la naturaleza toda.

Paisaje descolorido, porque falta el típico color de Castilla la Parda, ante cuyo tono unas veces creemos que los hombres se arrebuja en centiáreas de sus propios barbechos y otras se nos antoja oculto el término municipal bajo

las capas de los vecinos puestas al oreo. En el fondo del cuadro se ve, o se adivina, el resplandor de Madrid.

Un pastor.

Un terroncito de tierra gris, una célula. Calza bota enteriza—dos destroyers de ternera—, amorfo pantalón de pana. Faja abundosa y pardinegra. Chaquetón de sayal. Boina de pico.

Otras prendas: cachazudo, filósofo, medidor de palabras, reidor a destiempo, sonreidor constante, con ambigua sonrisa, que empieza en una oreja y acaba en la otra. Zalameiro, intrigante a su modo, astuto, profesor de gramática parda...

La pastora.

Una tenue pincelada del cuadro, una partícula. Hacendosa, relimpia, redicha y sabihonda, es la gobernadora de su casa. Administra los cuartos, echa las cuentas, paga los arriendos y deshace a veces los tratos del marido. Su vestido es sencillo, sin chafarrinones desteñidos de traje regional, y sus ilusiones allá se van con la indumentaria.

Se precia de ser la rebañera que saca más finos los quesones, a lo cual replica el marido, restando méritos, que la leche de sus ovejas no tiene par en la comarca.

Sus ovejas.

Quisiéramos decir que son de raza serrana; quisiéramos negar la existencia de tal raza... y no quisiéramos incurrir en contradicción.

Se trata de animales de talla reducida, ágiles, sanos, humildes, de más utilidad que apariencia, características pertenecientes a la modalidad con que se acusa el influjo del medio agreste sobre una raza en general o sobre una ligera

mezcla de razas en nuestro caso concreto, con fracciones de sangre que tienen por denominador común la manchega.

Viven felices careando los barbechos, repasando las rastrojeras, aplicando pastos, despuntando verdinas.

Aun algunas veces les está reservado el honor del pienso y el placer de dormir bajo techado, a lo cual responden cediendo una copa más de leche por oveja y día, según confiesa el dueño estupefacto y jubiloso.

¡Admirable candor de lugareño!

Los productos.

Tratándose de la raza menos especializada, justo es que sean tan variados como corrientes. El corderito, para el degüello y la carne vieja, para la olla; la lana, para colchones; el sirle, para disimular la pobreza del suelo, y la leche, para bebida—con agua, porque es muy espesa—o transformarla en quesos y requesones.

Ante la variedad de esquilmos, los ganaderos se sonríen enternecidos. ¡Vaya usted a decirles que su ganado no es linajudo y que “oficial de mucho, maestro de nada”!

Vaya usted a decírselo si quiere, pero con precauciones.

La cuajada.

Cuando este matrimonio (que quiere ser representativo) baja en época propicia a Madrid a comprar “las vistas” para algún hijo que se casa o a ver alguna corrida de toros de la tierra, se indigna al oír el clásico pregón: “¡De Miraflores... y a prueba!”, porque en las mesitas de blanco haldaje y bajo la tapa de cristal con reluciente marco, se encuentra “la cuajada” que ha de venderse como “requesón”.

¡Qué cosas pasan en los Madriles!

Porque la cuajada... Pero no precipitemos los acontecimientos.

Fabricación de queso pasada por alto.

Los ganaderos, en época de superproducción de leche, y los industriales durante casi todo el año, se dedican a la obtención de un queso manchego muy aceptable. Aquéllos, para su gasto y el de sus convecinos, y esotros para exportar a luengas tierras, por ejemplo, Sevilla y otras poblaciones situadas en la misma circunferencia de alejamiento, en donde los consumen bien poseídos de que se hicieron en el propio Ciudad Real.

No será objeto de nuestro interés la fabricación de estos quesos, poco original y sobradamente conocida; pero derivándose de ella la elaboración de los requesones, hemos de buscar el entronque de ambas. Y a fe que pronto le hallaremos.

Para hacer queso, lo primero es cuajar la leche. ¿Cómo la cuajan estos serranos? Pocos, con estómago de ternera; los más, con yerbajos; algunos, con los cuajos científicos en polvo. Una vez concluída esta primera parte, tendremos cuajada, como producto principal y suero, como producto secundario. La primera sale a las calles de Madrid llamándose con descaro, según vimos, requesón, o es objeto de manipulaciones posteriores que la transforman en queso.

Empieza la fabricación de requesones.

Una vez separado el suero de la cuajada, se pone a cocer en los castizos calderos de cobre, que se eternizan sobre los mismos lumbreros, pasando de generación en generación.

Cuando hierva a borbotones, es decir, en plena ebullición, se le agrega la leche que se va a elaborar y se observa con gran cuidado el momento de réanudarse el hervor, que quedó suspendido por haber incorporado la leche fresca.

“En retirar del fuego el cacharro en ese crítico instante está el toque”, según afirma esta buena mujer, especialista

en la materia. Precipitarse, es no sacar nada en limpio, y el retraso hace perder calidad, finura y transforma la pasta en una argamasa yesosa.

Termina la fabricación de requesones.

Ya sólo resta la operación de recoger los blancos copos formados, con una espumadera para depositarlos en las “encellas” que hacen el oficio de molde y colador. Son unos vasitos de hojadelata, de tamaño intermedio entre los usuales de agua y vino, provistos de asa y con varios agujeros en el sentido de las generatrices. Por ellos escapa el suero que acompañaba a la masa, quedando luego obturados por una verruguita de requesón, la cual les presta un aspecto curioso y decorativo.

El suero “de segundo grado” apenas tiene aplicación. Se bebe, se da a los animales o se tira. En definitiva, como si se tirase siempre.

La condición “sine qua non”.

La leche que añadida a un primer suero se trata de “arrequesonar”, puede ser de oveja (caso frecuente), de cabra (pocas veces empleada), de vaca (con mejora del producto: más finura y más untuosidad) o de una mezcla de algunas de estas leches. Pero el suero tiene forzosamente que ser de oveja, según se deduce de la práctica consuetudinaria, pues en otro caso no se agruma bien la leche.

Esta condición exclusivista constituye una seria limitación de la industria, ya que si no se dispone de leche de ovejas hay que comprarla y seguir forzosamente la fabricación del queso o tirar la cuajada; y si se compra el suero, nos exponemos a su alteración, con las pérdidas consiguientes.

El pregón verdadero. .

Mediodía de junio. Calor y moscas. Aun en casas tan bien acomodadas como ésta. La puerta no para. He aquí un nuevo golpe de picaporte.

—¿Quieren requesoneeeeees?

El ventarrón sofocante hace un torbellino de la cortina blanca, del cual puede escapar, al fin, una *chiquilla* ágil y resuelta, con ojos de azul barato, sonrisa de morsa y dos lacias espigas de centeno por coletas.

—Pasa a la cocina.

La hija de la pastora—un átomo, una motita—pone en juego sus artes de marisabidilla para contestar cumplidamente a los cargos que se la dirigen acerca del precio creciente del requesón y del tamaño decreciente de la encella, pequeños problemas de Economía del Hogar que no nos afectan en absoluto.

De las varias maneras de consumir este manjar.

Recuerdo la alborotada comida que puso fin al silencio ritual de una tiente. Por ser la época propicia, a la hora de los postres surgieron los requesones apetecibles, que lograron un éxito sin precedentes.

Los convidados “del terreno” se limitaban a comer la parte alicuota que en sus casas tuvieran por costumbre; pero los forasteros hacían los honores tan cumplidamente, que ingerían a razón de uno o dos por barba.

Alguno, no sabiendo “con qué se comía aquello”, observaba la larga fila de sus vecinos de mesa, pero no advertía acuerdo en el procedimiento.

Los más impacientes, consumíanlos tal y como se los presentaran. Los más golosos, también en seco, pero mezclando la masa con profusión de azúcar. Los verdaderamente casti-

zos hacían una papilla con requesón, agria y azúcar. Los glotonos—que nunca faltan—desleían la pasta en leche. Los caprichosos, endulzaban con miel. En suma (y utilizando un tecnicismo muy del caso), había “división de opiniones”.

Lo que sí podemos asegurar al lector es que de todas maneras resulta el plato exquisito, y que cuantas personas tuvieron el placer de saborearle por vez primera hicieron de él los más cumplidos elogios.

El abolengo.

Por si todo lo anteriormente reseñado pareciese poco, aun puede añadirse, en loor de este famoso lacticinio, un hecho que constituye su timbre de gloria: el de haber sido citado en el libro de oro de nuestra literatura siendo protagonista de un gracioso lance, al cual da lugar la codicia del criado escondiendo unos requesones en la celada del amo, quien, al calársela, se cala también la cara, creyendo, espantado, que se le licúa el cerebro.

El hecho de haber pasado el consabido requesón por seso (aunque líquido) de aquel hidalgo sin seso, es motivo más que suficiente para que sea declarado “Postre Nacional”.

